

Martín Lutero

Contra

Enrique rey de Inglaterra

Introducción

La presente obra es pionera en habla castellana, dado que la disputación entre Lutero y Enrique VIII es parte de un aspecto colateral de lo que fue la reforma, un episodio anecdótico y poco profundizado por teólogos e historiadores. Para darnos una idea del impacto que causaron en la Europa del siglo XVI las 95 tesis de Lutero consideremos que por primera y única vez en la historia el debate teológico estuvo tanto en la universidad y como en el palacio y en las tabernas, atravesando fronteras y estratos sociales: la imprenta se adueñó de las obras del fraile agustino, y sin su aprobación los impresores lo editaban a mansalva y sus libros se volvieron codiciados como pan caliente.

La excomunión papal así lo favoreció, y desde entonces ambos bandos, los papistas y los propicios a Lutero, se engarzaron en terribles disputas teológicas, no solamente en espacios académico-eclesiales, sino publicando folletos y libros como arsenales de papel y tinta. Empero, para comprender porque el entonces monarca británico se sumó a la lid, recordemos que Enrique VIII era de suyo teólogo, pues como hijo segundo fue educado como futuro arzobispo de Canterbury. Al morir su hermano mayor se vio en la coyuntura de asumir la corona. Así se entiende que era el único soberano que como *rara avis* edita un libro apologético del papado y específicamente criticando la obra luterana “La cautividad babilónica de la iglesia.” Conocido como “Defensa de los siete sacramentos”, le mereció del Papa la recompensa de ser el único rey engalanado por el título de “Defensor de la fe”, galardón exclusivo que lleva la dinastía inglesa. Esto no solo por la buena impresión que tuvo en las filas papistas: dado el clímax de la alta controversia, el que un monarca (si bien de una potencia emergente) sumara sus talentos a la lucha intelectual mermaría la amenaza de los reformados.

Es por esto que Lutero no se esperaba algo así, sin duda extraño para su época, y por ello reacciona con una respuesta agria, contundente y no menos ejemplar delo que era su mal carácter cuando se destapaba su mal genio. Los luterólogos se encantarán con esta obra, editada en forma de folleto en su momento, no es de elevada literatura, más bien es una repulsa rápida y puntual de la obra antagonista. Para los que sepan del tema escolástico, es redundante que la temática aludida sea siempre la misma, Lutero la repite una y otra vez y hasta él mismo se excusa de ello; ya que este debate se dio hasta el hartazgo y se vio obligado a replantear sus consabidos esfuerzos ante la nomenclatura del papado tardo medieval, que nuestro Tudor sacó a relucir sin saber del talante de su contrincante.

Dado que esta obra se tradujo del inglés, añado a continuación un extracto de su versión germana que no se halla aquí, lo que nos advierte de las diferentes que deben ser los originales:

Pero yo pido por Dios otra vez: si le es posible, no se confundan con Lutero, pues ciertamente no es Lutero a quien ustedes persiguen. Ustedes deberían, deben y habrán de dejar de ser y permanecer a la doctrina de Lutero, pues ciertamente aunque estuviesen a favor de ustedes diez mundos uno sobre el otro. Mi cuerpo pronto será deshecho, pero mi doctrina los deshará y los devorará a ustedes.

Puesto que se debería casi sentir de quién es mi doctrina, dado que ella hasta el momento ha salido tan airosa que nadie la ha podido quebrar aún y ha permanecido incólume frente a más de una tormenta."

(Iwald Hans, *Justicia de la fe: estudios sobre la teología de Martín Lutero y de la reforma evangélica del siglo XVI*, La Aurora, 2016, Buenos Aires)

Esto nos advierte sobre la mala calidad de las últimas ediciones referentes a Lutero: tanto la "condensada" de su "*Segundo Comentario a Gálatas*" (CPH; 2009), que providencialmente fue editada completa gracias a la versión de Haroldo Camacho (2010). Asimismo espurios son la edición mutilada de "*Leyendo los Salmos con Lutero*" (CPH) y el devocionario "*Solo por fe*" (Galvin, Ed. Vida, 2006) donde Lutero viaja por autopistas y se maneja con dólares (por lejos fue mucho mejor editado el "*Solo por fe: Devociones diarias de Martín Lutero,*" Comisión Interluterana de literatura , Concordia Editora, 1983,SP)

Dedico esta traducción al 500 aniversario de la reforma luterana y sobre todo para refrescar la esencia del verdadero Lutero, ya sea contra los que lo quieren maquillar para hacerlo más "actual" y lo mutilan "editorialmente"; tanto como para manifestar una pequeña protesta contra el nefasto acuerdo de "reconciliación" que la gran ramera del Vaticano y la no menos poseída FLM (Federación Luterana Mundial) quienes en este año usarán Wittenberg para maquinar la infamia del ecumenismo, y unirse en comunión de pulpito y altar: ¿o comunión de Belial, puesto que la luz y las tinieblas no comulgan? (2Co 6:15)

Cuando veáis, pues, la abominación de la desolación , anunciada por el profeta Daniel , erigida en el Lugar Santo (el que lea, que entienda). (Mt 24: 15)

Benítez Alfredo Gabino

Licenciado en teología

Buenos Aires

2017

MARTÍN LUTERO CONTRA ENRIQUE REY DE INGLATERRA

Al biennacido y noble Sebastián Schlick, conde de Passum, príncipe de Elbogen, etc, su superior en Cristo, escribe Martín Lutero de la iglesia de Wittenberg.

Gracia y paz en Cristo. Por más de tres años (oh, noble conde) la furiosa gente del Papa pretende que yo tuve que huir a Bohemia; algo que ellos están muy ansiosos de escuchar, estos hombres de guerra, que pueden triunfar en el mero informe y se jactan y dicen *Nosotros los conquistamos, los herejes han huido con los otros herejes*.

Por este sinsentido, el ignorante y monstruoso cuerpo del papado, -después que percibe esto mismo, busca superar por aprendizaje y verdad, lo ve todo inmundo, la multitud de sus burros no puede pararse frente a Lutero solo-, se atormenta y consume a sí mismo con este anhelo de que yo debo huir a Bohemia. Por lo tanto al menos se pueden consolar abusándome como si fuera un extraño, estos como terribles gigantes, contra quienes (gracias a su ignorancia y maligna conciencia) ninguno se atreve a contender.

Tengo tres comparencias ante ellos, y la última vez fui a Worms aunque sabía que el salvoconducto que me habían dado fue roto por su César; en cuanto a los príncipes germanos, quienes formalmente fueron alagados por guardar la fe, ahora (en obediencia al ídolo romano) son devenidos en expertos en romper su palabra, para la eterna desgracia de esta nación.

Y entonces este fugitivo y cabeza de tonto Lutero se atrevió a saltar en el círculo del diente de Behemoth! ¿Y que han estado haciendo los terribles gigantes? Por los últimos tres años no han encontrado uno de ellos que pudiera venir a Wittenberg y pararse en contra nuestra aunque fuese asegurado por nuestra buena fe y protección (nosotros lo hacemos todo bajo la presidencia de nuestro César). Y aún estos afeminados y cobardes se atreven a esperar triunfar, y cubiertos encima de su vergonzosa cobardía, por mi huida a Bohemia, los que les da celebridad mundial, mientras ellos mismos no se atreven por su falta de preparación y timidez en la competencia contra el medio solitario Lutero.

¿Qué puedes pensar de estos toros que podrían valer si fueran llevados a comparecer contra el adversario de su César, y contra sus poderosos oponentes? ¡Podremos ver como huyen en todas direcciones, estas criaturas despreciables, que ahora saltan a sus agujeros como ratones, Lutero está sobrevolando!

El rey de Inglaterra en su libro elegante, muy chismoso de mi huida a Bohemia, un poderoso docto, es quien que cree su libro pudiera salir victorioso, y bien escrito, si Lutero huyó solitario a Bohemia. Tan sinsentido y afeminado es el odio de este imperturbable rey.

Aunque mi alma arda por ver Bohemia, y la religión tan odiada por nuestros monstruosos papistas, sin embargo yo tengo guardado hasta ahora y guardaré no porque tenga vergüenza por el nombre, cual esta canallada de hombres, los papistas, tienen sojuzgada perniciosa e insultantemente a una nación de tanto renombre.

Los bohemios tenían justa razón para abandonar a estos asesinos y anticristos después de que, quienes fueron séptuples herejes, habían quemado a un hombre inocente, Juan Huss, y habían condenado sacrílegamente las dos clases del Sacramento instituido por Cristo. Es por esto que mi nación es odiada por los papistas, quienes nunca reconocieron el cruel crimen hecho por la mujer escarlata, ni su sacrilegio condenando el Evangelio; no, van guardando su furia ardiendo, y amontonando vergüenza (con la cual a la vista de Dios son cubiertos) en una extranjera e inocente nación.

No temo la vergüenza del nombre bohemio, el cual es glorioso a la vista de Dios; pero Cristo me quiso aquí y puedo atormentar a los monstruos papistas, mientras que nada hallan en mi con lo cual hacer público uso vomitando hasta lo último con increíble animosidad. Cristo desea que sean atormentados por su propio odio, y destruidos por su propia maldad.

Yo los espero aquí, y estoy listo a reunirme con su potente furia. Quiero irritar y atormentarlos tanto como viva, y si ellos me matan, los atormentaré por mucho tiempo más. Porque yo estoy dado por mi Señor Cristo como una señal tanto que me sobra, o me mate, sus furiosas conciencias no tendrán gracia, ni paz ni solaz. Tienen una doble aflicción, el tormento de su presente aborrecimiento, y la cual está pagando por ellos, el eterno tormento de la Gehena. La consumación del abominable papado está a la mano; de este destino no hay escape, (y como Daniel dice) está viniendo a su fin y ningún hombre podrá ayudarlo. Así que a ambos nos desborde, a ellos con extrema locura, yo con supremo contentamiento; pero mi coraje en Cristo conquistará su última furia que ya se está desvaneciendo.

De hecho, estoy planeando otra clase de vuelo en Bohemia, que los adivinos papistas no pueden profetizar que sea falso, aunque pueden sufrir una gran opresión de espíritu acorde a lo que dijo Moisés: Yo provocaré a ira con una nación que no es nación, y por una nación de tontos os provocaré. Al menos por mis libros en corto tiempo (Cristo me ayude) pasaré hacia los bohemios, serán libres de su reprobación, y que los papistas solos en la tierra tendrán un nombre abominable, no, serán maldición y anatema. Ni que yo apruebe todo lo que hacen los bohemios. No sé nada de sus asuntos y me contaron que hay sectas entre ellos; pero concederé esto contra los papistas comparado con ellos, que son un disgusto y nausea mundial, desde que ellos mismos no son más que sectas, los franciscanos sólo tienen cerca de seis sectas.

Estas cosas te escribo, o noble héroe, puedo tomar el inicio de mi vuelo tan lejos por ti, quien reinas en las inmediaciones de Bohemia, en la parte junto a Alemania, tanto contigo, y por tus buenos oficios, puedo finalmente proceder en todo el territorio de Bohemia. El rey teniendo escrito al más alto pontífice, yo, quien fue alguna vez en mi miseria un clérigo del Papa, debería escribir al más cristiano seglar. Porque escuché

que tienes un sello de fuego del puro evangelio de la verdad, y has llevado los escándalos y abominaciones de la pestilencia de Roma fuera de tus dominios. Ve con esta buena obra, oh, el más renombrado héroe; entonces será abolida la vergüenza del nombre de Bohemia, y la ramera tendrá sus sucias mentiras y fornicaciones emitidas en su seno, entonces su vergüenza y su eterna desgracia pueda ser revelada al mundo entero.

Déjame hacer el inicio de mi vuelo, esta esperanza es un excelente ejemplo a seguir para el resto de los héroes y magistrados bohemios. Entonces yo podría hacer un vuelo a Bohemia, pero insistiré allí, incluso si la furia de la mujer extraña pudiera quemarme. Aunque su odio será al mismo tiempo inflamado y conquistado por Cristo. Ella no prosperará más. Cristo lo tiene resuelto. Amén.

La gracia de nuestro Señor Jesucristo preserve y fortalécete, estés bien, héroe, por siempre.

Wittenberg, Julio 15, 1522

Con semejante ceguera y locura nuestro Señor Jesucristo atacó todo el reino de la abominación papista, que por tres años hasta ahora los cíclopes de su infinito anfitrión, combatiendo al solitario Lutero, todavía están perdidos para entender por cual razón yo estoy en guerra con ellos. En vano hago todos los libros que edité y publiqué testificando que busco solo una cosa, la cual es que las divinas Escrituras tengan la preeminencia, como es bueno y justo, y todas las invenciones humanas y tradiciones sean quitadas del camino como escollos más hirientes. O, habiendo cortado su veneno y arrancado su picadura, esto es, su poder de forzar y mandar y enlazar conciencias echado fuera, dejen se libre e indiferentemente tolerados como en este mundo toleramos cualquier peste e infelicidad.

Afligidos por insania crónica ellos toman nada contra mi salvo estatutos de hombres, las glosas de los Padres (1) y los hechos, o rituales, de pasadas centurias, cosas que verdaderamente niego e impugno, las cuales ellos mismo confiesan ser inciertas y frecuentemente erróneas. Yo discuto *de iure*, y ellos responden *de facto*. Yo busco una causa, ellos muestran una obra. ¿Yo pregunto, que autoridad hizo esto? Ellos replican, porque nosotros hacemos esto y tenemos que hacerlo. Entonces por razón ellos dan su voluntad, por autoridad su ritual. Por derecho ellos alegan su costumbre, y esto en las cosas de Dios.

Allí en sus escuelas tienen el mayor viciado método de argumentar, al cual llaman "petición de la pregunta". Esto ellos enseñan y aprenden hasta tener las cabezas grises, de hecho hasta el funeral, con infinito sudor, con infinito problema, pobres hombres infelices. Pero cuando se les aplica su enseñanza, nada permiten excepto "la pregunta"

enviciada .2 Y entonces cuando exclamo: el Evangelio, el Evangelio, Cristo, Cristo; ellos replican los Padres, los Padres, uso, uso, estatuto, estatuto!

Cuando yo digo que los Padres, el uso, el estatuto, han frecuentemente errado; podemos tener una fuerte y segura autoridad- Cristo no puede errar; entonces ellos son como pescados mudos, y vienen a ser como las Escrituras dicen, sordos como serpientes que cierran sus oídos para no oír la voz del encantador. O me replican, en palabras que siempre tienen a punta de lengua: Ambrosio dijo así, ¿tu arte es más sabio que el de Ambrosio? ¿Tú solo sabes? Y esto es todo lo que tienen para decir. Como pienso que la cuestión fue entre la enseñanza de Ambrosio y la mía; o como pienso que yo podría responder: tu no entiendes y malinterpretas a Ambrosio.

¿Qué es lo que se gana, yo pregunto, disputando con quienes son ciegos y malhumorados y completamente sinsentido?

De semejante carácter es el libro del rey de Inglaterra, quien no tiene nada que poner en mis dientes que tradiciones de hombres, glosas de los padres y uso de centurias pasadas. El enfurece, maldice, todo vituperio y virus ya que yo deseo ser considerado más docto, más santo y más importante que todo el resto de la humanidad. No está contento que yo permita otras cosas semejantes para uso libre, pero este nuevo dios fija como necesarias artículos de fe para todos, lo que ha dicho o hecho por la costumbre de hombres; tales artículos al menos yo creía, empero él hizo de mí en su furiosa cólera un hereje, o si yo no sé de qué clase de monstruo. ¿De dónde, reza, hace este nuevo dios, el rey de Inglaterra, de donde viene, su creador de nuevos artículos de fe? Hasta ahora escuché de un dios con el derecho de hacer artículos de fe que requiere creer en él.

De hecho este nuevo dios, quien fue más allá que el otro loco, brinda una locura. Por el otro loco tiene esforzado por pervertir las Escrituras que yo tengo presentes delante y les doy otro sentido; aunque tengo cuidado de no alegar ni contar nada sin el apoyo de las Escrituras. Pero este nuevo dios, maravillosamente confiado y engreído que debido a su divinidad lo que diga deber ser hecho, o como ya fue hecho, testifica por propia confesión que sus deseos son poner de lado a mi director de fundación, y dejar esto para que otros ataquen, mientras el solo ataca lo que yo he construido. El desea con pelear con paja y heno contra la roca de la Palabra de Dios, entonces uno no puede saber tanto de sus obras como de su locura, o tanto la estupidez de Enrique es innata en la cabeza de Enrique, justificando el proverbio: un hombre podría nacer para ser rey, o para tonto. ¿Pese a que este tonto pudiera decir: *Yo probaré que son siete los sacramentos, aunque dejaré sin tocar los fuertes argumentos de mi adversario?* Tú podrías pensar que este libro fue escrito por el querido enemigo del rey para eterna desgracia del rey.

Aunque no parece amenazar desdén al nombre de tan gran rey, y responde a un tonto de acuerdo a su tontería, yo mostraré su tontería en un corto tratado tanto como mis otras ocupaciones permitan. En otro tiempo tomaré total y con propia seriedad las blasfemias y maldiciones del rey.

No hace al hecho que apenas cualquiera cree que el libro del rey me mueve en último grado. Estoy dispuesto a engrandecerlo a este rey, como su título lo declara, y cambiar mi ataque contra el rey tonto, quien ha permitido que los bellacos sofistas usen su nombre y llenen todo el libro con tantas mentiras y semejante veneno que esto fue expresado más exactamente de lo que pudiera cualquier pintura de Lee 3, o la contraparte de este Lee (Wolsey)- la congelación helada viscosa sofista, el cerdo de esta clase que sus compañeros tomistas aman tener en su compañía- para que el faraón inglés no pudiera ser sin el soporte de Jannes y Jambres . 4

Entonces no dejemos al rey Enrique imputarme esto, aunque más bien a él mismo si viene con un trato rudo y severo a mis manos. El no viene adelante a la batalla con un porte real, o con una gota de sangre real, sino con un abyecto e impúdico y como homosexuales insolentes y mentecatos, no probando con argumentos sino con maldiciones. ¿Y ello es que sea más desgraciado en un hombre, y especialmente en un hombre en tan alta posición, más que abierta y deliberadamente son, entonces puedes reconocerlo como un sofista, una criatura de ignorancia y virulencia? El podría merecer alguna consideración si hubiese errado como un hombre. Aunque cuando a sabiendas diseñan esto, ese maldito y ofensivo gusano arma mentiras contra la majestad de mi Rey de los Cielos, ello es bueno para mí, en nombre de mi Rey, al salpicar su real majestad anglicana con lodo y mugre, y echar bajo pie la corona que blasfema de Cristo.

Desde que se acuerda que los tomistas son una clase de sofistas estúpidos y claramente haraganes, esta naturaleza produjo nada más sinsentido o total pereza, y desde que nuestro Enrique quiere en su libro ser reconocido como un distinguido tomista, durmiendo y roncando sobre el carácter sacramental y eficaz del agua, y decir las cosas explotando con sus academicismos, sus seguidores tomistas no pueden ser tolerados, el parece pedirnos que sean despertados de su sueño por ciertas rudas palabras (si se pudiera de algún modo despertarlo de esta profundidad) y contar de sus sueños y vanas imaginaciones de su somnolencia. Este libro no posee otra razón agradecidos a nuestros vecinos sofistas que este distinguido tomista, y por lo tanto nuestras bocas están comiendo sus lechugas.

Si he pisoteado por causa de Cristo el ídolo de la abominación romana después que éste se pusiera en el lugar de Dios y se hiciera a sí mismo el gobernante de reyes y del mundo todo, ¿quién es este Enrique, este nuevo tomista, este discípulo de frívolos monstruos, que podría amenazar yo con respecto a sus venenosas blasfemias? Déjenme ser el Defensor de la Iglesia 5, aunque déjenme saber que la iglesia que sostiene y mantiene, es la de la mujer escarlata, borracha por la sangre de sus fornicaciones. Ambos, esta iglesia y él, quienes yo considero su defensor, atacaré con la misma fiereza y, con Cristo como mi líder, los demoleré a los dos. Por cierto yo desde el cielo tengo mi enseñanza; para estos tengo un triunfador contra él (el diablo) cuyo meñique tiene más poder y arte que todos los Papas y reyes y doctores puestos juntos. Ellos por lo tanto nada podrán hacer, quienes se jactan de sus toros condenándome, me atacaron

con nombres y títulos, e hicieron mucho capital con sus libros atacándome, escritos por autores monárquicos.

Mi enseñanza permanecerá, y el Papa caerá, pese a que él pudiera ser apoyado por todas las puertas del infierno y los poderes del aire y la tierra y el mar. Ellos me han provocado a la guerra, y guerra deberán tener. Han despreciado la oferta de paz, y por lo tanto no deberán tener paz. Dejen a Dios ver a quien dará primero, al Papa o a Lutero. Entonces es nuestro gozo en Cristo más orgulloso día a día contra esos tontos e inútiles gobernantes, aún más que ellos eligieron enfurecerse en contra nuestra.

Pero antes de que vayamos a la materia misma, primero me libro de dos crímenes, los cuales el rey tomista, quien es un quejumbroso afeminado, me imputa. Uno es que yo frecuentemente me contradigo. Esta impúdica mentira contra nuestra conciencia es hecha tan ardua, y repetida tanto, a través de todo el libro que es poco evidente que no lo haya escrito por el amor de enseñar, o (como él pretende) para probar que son siete los sacramentos; aunque desde el morbo de su mente virulenta, en tanto que en su estómago él ni pudo digerir ni evacuar el veneno y pus de su envidia y malicia concebidas, el puede hallar una ocasión para vomitarlo por su sucia boca, cuidándose de nada salvo de llenar con falsedades las mentes de los hombres y excitar contra mí un odio universal. Esto podría haber sido vergonzoso si un plebeyo marica había mentido y enfurecido tanto con tal impudicia de bronce y tal debilidad de mente. Otra conducta habría sido más decorosa para una mente regia y para una sangre real. Mi segundo crimen es que he cubierto con mi abuso al Papa y la iglesia, esto es, haber abusado del proxeneta de Satán y sus proxenetas y sus sectas, de cuales el rey Enrique fue tardíamente declarado el Defensor, ¡con indulgencias!

Por lo tanto, con el objeto de exhibir sus mentiras al mundo, vale la pena ir sobre el orden de las cosas de las cuales escribí. Entre estas cosas las hay de dos clases. La primera clase consiste de cosas las cuales son enseñadas en las Sacras Escrituras, a saber:

1-De la fe

2-Del amor

3-De la esperanza

4-De las obras

5- Del sufrimiento

6- Del bautismo

7- De la penitencia

8- De la Cena del Señor

9- De la ley

- 10- Del pecado
- 11- De la muerte
- 12-De la libre voluntad.
- 13- De la gracia
- 14-De Cristo
- 15- De Dios
- 16- El Juicio final
- 17- Del cielo
- 18- Del infierno
- 19- De la iglesia
- 20-De cosas similares

Estos son los nombres de las cosas que un cristiano debe conocer, y que son necesarias para la salvación. Yo tengo hecho tratados semejantes en los cuales no se me puede acusar de haber pensado de otro modo a lo que desde el principio escribí. Yo nunca me contradigo a mí mismo. Yo siempre guardo el mismo entendimiento con el cual comencé, siendo consistente conmigo. Los testigos de esto son mis libros y todos los lectores que los han leído. Otro testigo es la conciencia del rey que los condena cuando miente acerca de mí.

¿Ni, quien pudiera creer que un rey tan grande pudiera no sólo atreverse a mentir y cuentan con que me contradigo, aunque podría incluso aseverar que tengo enseñado de que esta fe que tengo son deseos de cesar las buenas obras y permitir las malignas? Como no están vivos los que leyeron mis libros, y pudieran refutar esa mentira impúdica, mientras su propia conciencia es convicta, siendo algo único que él confiese que ha leído una gran parte de mis escritos. Esto es absolutamente indigno que un rey se atreviera a responderme sólo con mentiras. ¿Quién creerá cualquier parte de su escrito después de repetir e inculcar la misma flagrante mentira en todo su libro?

El ofrecimiento de la víbora guarda las innatas cualidades de su natura, e imita el ejemplo de sus parientes. Incluso contra Pablo, cuando él enseñó que todos los hijos de Adán son justificados sin obras, sus enemigos hicieron la misma acusación, como escribió en Romanos (Capítulo 3): alguno dice que enseñamos, dejemos hacer el mal que en el bien puede devenir. ¿Pero qué se puede enjuiciar sobre esto? Su condenación (él dice) es justa.

¿Y qué puedo decir contra mi rey, concerniente a su mentira, excepto el mismo juicio de condena?

Esto es otra clase de cosas que no se encuentran en las Escrituras, sea:

- 1-Del Papado
- 2- De los decretos de concilios
- 3-De los doctores ⁶
- 4-De las indulgencias
- 5- Del purgatorio
- 6- De la misa
- 7- De los académicos
- 8-De los votos monásticos
- 9-Del obispado como ídolos
- 10- De tradiciones de hombres
- 11-Del culto a los santos
- 12-De nuevos sacramentos

Aunque son similares, son cizaña sembrada por Satán, por medio del cerebro de su ídolo romano, en la tierra del Señor. Sin esta cizaña la iglesia es su más saludable estado, pero ella no puede vivir a menos que se la saque, o sufrirla acorde a nuestra propia libre voluntad. Nada puede ser enseñado más pestilente en una iglesia que hacer esas cosas necesarias ⁷ cuando no lo son. Por esta tiranía de la conciencia son atrapados, y la libertad de creencia extinguida. Una mentira es adorada en lugar de la verdad, un ídolo en lugar de Dios, y una abominación en vez de la santidad.

Cuando por lo tanto la sagrada Escritura nada dice sobre todo lo concerniente a estas cosas, el loco papista, los amos de mentiras y forjadores de ídolos, empezaron un negocio, digno de ellos, el cual es retorcer todas las Escrituras y depravarlas en veneno y mentiras, entonces estos pasajes que nos enseñan sobre la fe tienen un papado creado para interpretarlas, estos que enseñan humildad tienen a su lado la pompa de la tiranía, hasta que tengan éxito con su mentira sin límites arrojando todo en confusión, aboliendo toda la Escritura y estableciendo en su lugar el reino de la doctrina escrita por el corazón de Roma, un corazón poseído por el mas malvado Satán. Y entonces tienen hecha la roca de la fe inconquistable para ser el Papado y el Papa, quien no sólo está sobre la distinción de errores y pecados, sino siendo abrumado y absorbido por diarias abominaciones. Y además donde Cristo enseña que ninguno es grande en su iglesia excepto el que es siervo de todos, éstos hacen un nuevo hocico para sus dichos, y han decretado que a menos que sea grande nada es de valor en la iglesia de Dios.

Como fueron llevados de sus abominaciones, el Señor me trajo en mi temeridad en medio de las multitudes, y en la materia de las establecidas indulgencias me capacitó para exhortar ciertos pasajes de la Escritura para Satán, como una posible llave del club

de la mano de Hércules, y restaurar la interpretación de la Escritura a su justo significado. Con lo cual, o Dios viviente, cuan ardiente su furia comenzó a hervir, lista para mezclar cielo y tierra y fuego y agua, capaces de aguantar que algunas plumas fuera de lugar deben ser arrancadas del cuervo, con las cuales adornan bellamente al representante, el vicario de Cristo.

Verdaderamente, primero traté a este cuervo humilde y reverentemente, y fue especialmente insistente que el Papado no fuera cosa insignificante; ya que yo no sabía entonces que éste estaba diametralmente opuesto a toda la Escritura. Me contenté a exponer sólo las Escrituras, y al mismo tiempo considerar que el Papado fue en su carácter semejante a los reinos y dominios del hombre. Aunque ellos, endurecidos en su largo uso de su tiranía y eufóricos por el logro que hasta ahora tiene su fraude (como Daniel lo llama), despreciando mi modestia y reverencia y presumiendo que pusieron a su ídolo en el lugar de Dios y lo introdujeron en el mismo corazón de las Escrituras. Entonces Cristo me dio un espíritu que a pesar de ambos, el fraude y la furia de los papistas, y llegó a pasar que vi que eran ciertas las Escrituras, hallando que la abominación había sido impuesta, hasta que la cosa resultó ser semejante un lanzamiento hecho por la mano del único poderoso que luchó con Jacob, fui convencido por la clara y pura Escritura que el Papa, los cardenales, los obispos, los sacerdotes, los monjes, los monasterios, las misas y toda esta organización, con sus dogmas y rituales, fue nada más que cualquier que meros ídolos, baratijas, mentiras y estas abominaciones puestas en el lugar santo, mostrándose como los verdaderos obispos y la real iglesia, mientras que todo el tiempo esto fue la misma mujer escarlata, que se sienta en la bestia de muchas cabezas y hace que los reyes de la tierra beban de la copa de sus fornicaciones y abominaciones.

De todas estas cosas Pedro profetizó: falsos maestros traerían herejías, negando al Señor que los compró, blasfemando el nombre de la verdad, y con palabras fingidas engañarán en su avaricia (2P 2). Toda esta gente sacrílega tiene una obsesión; desean auto-justificarse en presencia de Dios por sus obras, y no por fe sola. Donde es necesario que Cristo sea negado y la fe sea sin ningún efecto, mientras incrementan su lucro, y la riqueza de todo el mundo absorbida por sus misas y sus vigias. Por ello los perversos seguidores de la abominación lo pervierten todo; las obras, las cuales se deben usar para los hombres, ellos ofrecen a Dios, la fe, por cual a solo Dios se sirve, es ofrecida al hombre.

Ellos creen en todas doctrinas humanas, aunque no creen en Dios. Estos no hacen bienes a los hombres, sino que solamente hacen bienes a Dios.

Y así, compelido por la verdad, fui llevado a retractarme de ciertas cosas que tengo escritas, dondequiera que escribí buenas cosas concerniente al Papado y concernientes a las cosas que son enseñadas sin garantía de las Escrituras. Ahora finalmente revoco estas cosas, y me disculpo si alguna vez escribí una sílaba concerniente a la bondad del Papado, y de su gobierno. Y ruego a mis lectores diligente y sabiamente a cuidarse de estos errores míos. Más aún estos cuales hicieron que el embrujado rey tomista se rabiara en mi libro de la cautividad babilónica, yo revoco, confesando que dije menos

de lo que podría haber dicho. Es esto dar demasiado honor y gloria donde dije: el Papado es el poderoso coto de caza del obispo de Roma; por ejemplo Nimrod se adapta a todos los gobiernos seculares, lo cual Dios nos desea en sujeción, para honor de ellos, bendiciéndolos y rezando por ellos.

Más verdaderamente yo hablé contra el Papado: el Papado es la más pestilente abominación de Satanás, su líder, algo que nunca hubo, o habrá, bajo el cielo.

Así yo renuncio a mi libro de la cautividad babilónica a favor de Lord Enrique, el nuevo tomista, no sea que la majestad del nombre tomista pudiese ser menoscabada por excesivo enojo. Esta revocación es tan conocida y tan terrible es la voluntad tomista que me extorsiona. Debería ser que no hay poder en su libro para desplazar a Lutero, el rey suma amenazas, abiertamente advierte a estos herejes que a menos que vengan a su acuerdo serían quemados. En ello el ha actuado en forma más que tomista, por aquellas amenazas el fue convencido que Lutero puede ser aterrorizado y podría seguir con cualesquiera mentiras y la lengua tomista en su real libro podría charlatanear. En verdad, mientras yo viva podré ser el enemigo del Papado; si yo soy quemado, seré duplicadamente su enemigo. Hagan lo que puedan, cerdos tomistas. Lutero será como la osa en su camino y la leona en su sendero. El te atacará por todos lados, y no descansará hasta romper en pedazos sus cuellos de hierro y cabezas de bronce, ya sea para su destrucción o su salvación. Hasta ahora tuve suficiente paciencia perdida, de ahora en más me continuaré endureciendo y encegueciendo levantándome contra sus cuernos y siendo incorregible e irreformable para ellos, no me esperen decir nada contra su deplorable estado que es más suave que la miel. Mi deseo es que sean irritados más y más hasta que su fuerza y furia sean exhaustas y caigan uno tras otro. El que silencia primero al otro, sea el vencedor. Como él quiere, entonces que se le haga.

Pero volvamos al rey tomista, quien me condena por escribir cosas contradictorias, y por no ser nada consistente. El ha demostrado, garabateador despreciable, sufriendo la pérdida del asunto, que con palabras abusivas él puede desperdiciar mucho papel, una obra real sin duda. Con que buena fe obra entonces, deje al lector juzgar de estos hechos, que el embrujado tomista no da a luz una simple cuota, por vía de ejemplo, con lo cual apresarme de inconsistencia. El glorioso rey es meramente retórico, después de semejante manera: Lutero se contradice, ¿por lo tanto quién creería en él? Dije suficiente para este Defensor de la Fe y su nueva divinidad, recientemente puesto en Inglaterra. Esto no necesita dar un ejemplo, para que no pudiese darse a Lutero una oportunidad de aclararse, y manejemos al tonto rey como venga su tomista dignidad.

Desde entonces ha querido esta mascarada de rey con palabras que nada valen, sin dar un ejemplo, jugar al tonto con una materia tan seria y sacra. Yo establezco sin máscara y abiertamente: el rey de Inglaterra, este Enrique, claramente miente, y con sus mentiras, hace las partes de un bufón más que de un rey. De su crimen, yo, Lutero, abiertamente acuso al diablo parlante tomista, y por el testimonio de mis libros y mis lectores de todo el mundo, yo lo apreso. Dejemos a su real majestad y su humilde servidor de ahora en adelante ser descontados tanto como a mí concierne; hablo a un

bufón de mentira, escondido bajo un título real, y hablando sobre verdades divinas, lo cual es un deber de todo cristiano proteger de toda mentira abusiva. Si la tontería del rey olvida su realeza, que el reta venir a vista pública con abiertas mentiras, y mientras tanto trata de asuntos sacros, ya que no es un derecho y cosa apropiada para mí tirar atrás sus mentiras en su cara, porque no conlleva ningún placer en la mentira contra la divina majestad, ¿acaso él podría perder cuando escuche la verdad acerca de su propia majestad?

Ni cuando esta sea ocasión para considerar ser paciente cuando este frívolo bufón ataca con mentiras no a mí o a mi vida, (con lo cual ya tengo de nacido) aunque mi enseñanza no es menos cierta que no es mía sino de Cristo. Déjenme la culpa y sus mentiras si él es llevado a escuchar cosas innobles de su real nombre. Esa boca embrujada se merece eso, porque ha blasfemado a mi rey, quien es el rey de la gloria.

Dado que mi enseñanza no es de particular contradictoria, ni puede ser contradictoria, ya que es de Cristo.

Y adondequiera a través del mundo se acuerde que tengo enseñado concerniente a la fe, concerniente al amor, y concerniente a aquellas cosas de cuales el espíritu de Cristo enseñó, siempre con el mismo significado, y tengo inculcado y escrito siempre las mismas cosas. Aunque por práctica y diario estudio he avanzado más y más y tengo tratado estos asuntos en una única forma, y ahora en otra instancia más variada y mas copiosamente, en la misma manera en la cual las sacras Escrituras tratan estas cosas asimismo.

Pero si esto significa que yo no soy consistente en las cosas que tengo tratadas fuera de las Escrituras, nominalmente concernientes al Papado, indulgencias, misas y taras de esta clase, de las cuales yo primero modestamente disentí y en consecuencia totalmente condenado. (Que yo pueda perdonar a semejante rey por esta mentira con la cual va contra el hombre Lutero es un asunto meramente humano) ¿Quién no ve esta tontería y estupidez tomista?

Por todo su estudio tomista él nunca fue tan lejos para conocer el significado de dogmas en conflicto o no. Viene, mi noble tomista, el látigo del maestro de escuela, y quiere enseñarte el significado de dogmas conflictivos.

Si esto es un conflicto de dogmas, como el tomista declara, si un hombre pudiera pensar otra cosa, cuando él sabe la verdad y rechaza el error, que él pensaba antes, yo pregunto ¿Cuáles de nuestros sabios y mas santos hombres fueron siempre consistentes? Maldecimos todas las epístolas de Pablo porque antes de su conversión él llamó estiércol lo que fue anteriormente, cuando estuvo en el judaísmo, lo que él consideraba haber ganado. Dejemos maldecir además a Agustín, quien se retractó de muchas cosas en su libro Retracciones, y enseñó muy diferentemente de su primer enseñanza.

Ni, acorde a la inestimable sabiduría de ese rey, que los pecadores dejan de repetir y cambiar sus pensamientos para mejor, dejemos al colérico rey de Inglaterra afuera del libro y maldito sea por su inconsistencia y desacuerdos con sí mismo.

¿Y por qué no consideramos al rey por su misma sabiduría? ¿Ya que el ahora bebe vino, quien alguna vez bebía leche de su niñera? ¿Porque ahora está armado con espada quien vino con pantalones de niño? ¿Acaso porqué bien el me condena por lo que he hecho por mí mismo? En su libro me ensalza ya que al principio yo aprobaba al Papado, y luego él me maldice porque lo desapruero. ¿Porque no es lícito para mí pensar otra cosa del Papado que lo que alguna vez pensé, y cambiar mis errores por una mejor opinión? ¿Quien pudiera creer que un rey podría disparatar en su absurda manera? A menos que él fuera un tomista y declarara seriamente por sus virulentas mentiras, tú puedes pensar que estuvo bromeando cuando usaba mascaradas.

Más bien un conflicto de dogmas es cuando al mismo tiempo enseñan cosas contradictorias, a la vez defendiendo y asumiendo ambos de ellos, y rechazando revocarlos, o condenarlos, ni uno de estos. Este es el camino del insano papista (en Mt 16) ellos hacen la Roca en sendos Cristo y el Papa, cuando Cristo es el santo y el Papa impío, cuanto tienen en común la santidad con la impiedad como la luz con la oscuridad, y Cristo con Belial. Para el Papado solo permanece (o mejor cae) por su inconsistencia, dogmas contradictorios y mentirosos, los cuales enseñan, asintiendo y manteniendo ambas de esas conflictivas enseñanzas al mismo tiempo.

Deje al lector ver este argumento como de asno que es la ignorancia del tomista, y de cuanta mente pueril es su insolencia, la cual no permite entender sus propias palabras. Y todavía se atreven a escribir una Defensa de los sacramentos, y cuentan de su bonita grandilocuencia, la cual es la prueba de su increíble falta de conocimiento. Yo pienso que este libro del rey fue escrito por esta razón, el mundo nunca podría creer que tenga falsamente acusado al sofista de tonto e ignorante, especialmente a los cerdos entre ellos (quiero decir los tomistas). Para mi juicio de su trabajo han recibido sendas muestras de demostración y confirmación.

Sobre la otra falta que el rey me señala, me refiero a mi agudeza, repliqué que primero el debería haber probado que mi agudeza fue equivocada y el Papado no lo merece.

¿Y porqué Cristo mismo (Mt XXIII) ataca a los escribas y fariseos con semejante vehemencia y los llama hipócritas, ciegos, tontos, llenos de suciedad, hipocresía y crimen? ¿Y Pablo, quien frecuentemente habla con vehemencia contra la circuncisión (como él los llama), y los falsos profetas, quienes adulteraron y corrompieron la palabra de Dios, llamándolos perros, malos obreros, apóstoles de Satán, hijos del diablo, llenos de gula y maldad, engañadores, grandilocuentes, frecuentadores de casa de mujeres llevados por el mal camino?

¿Y quiere acusarme el impertinente tomista de odio y orgullo?

Más aún en orden de exhibir su cerebro tomista y natura plebeya, él se conduce como un actor en el escenario y ruge contra mí maldiciones, acusaciones y mentiras a través

de todo su libro (y ninguno de sus cargos puede probar en mano) esta no es otra razón por la que él me ataca incisivamente más que para justificar sus condenaciones a la vista de su sórdido seguidor tomista y ganar una aureola tomista. ¡Tonto bobo! Él sabe perfectamente bien que el Papado es el reino del anticristo, del cual incluso Job (3: 6) mandaría condenar aquellos a quienes Leviatán levanta.

Y acaso adonde quiera el Espíritu nos mande al mundo convicto de pecado de impiedad, y ambos mandan, y nos piden, hacer esto santa e incisivamente.

Pese a que el rey, cuyo propósito fue establecer el hecho de que el Papado fue santo, ruge contra mí su hiel con carretillas de insultos y maldiciones. Esto es como dije: él ha elegido actuar como el tomista hipócrita y enmascarado, y a la vista de semejante extrema perfidia y lo peor de las herejías no adora al único de los maestros aunque lo hacen los ángeles de Dios, bien que siempre igual son la peste de toda la tierra. No les debemos prestar atención, este verdaderamente es un crimen que ni en la hoguera pueden suficientemente expiarlo. Pero yo, hasta ahora he sido clemente con los monstruos papistas, esperanzado en que vengan a recuperar su sensatez, cuando ahora veo qué clase de naturaleza son, dándose a una mente reprobada y deplorablemente testaruda, yendo a su lugar con el faraón su líder, resolví que en adelante no tendré más modestia con estos, no mas piedad. (Ni quiero más permitir las plumas de brida de mis amigos, aunque yo tranquilamente los desprecio si ellos también lo pudieran hacer). Si tengo que tratar con esos, lo haré con toda la violencia que pueda en orden apropiado para irritarlos y encolerizarlos, los estúpidos libros, los asnos tontos, el cerdo engordado, desde que ellos no merecen otra consideración más que sean dados al castigo. Y haré esto por la magnificencia de la iglesia de Enrique y de Enrique, este renombrado tomista Defensor, para que no pueda complacerse que no le resulte lo que él ha condenado mi enconado discurso con su santa condenación.

Vayamos a la médula de la cuestión, y luego al modo de Aristóteles, quien es el dios de los tomistas, dejemos primero en general y después particular argumentar en estos asuntos. La suma, lo general y la sola fuerza de la sapiencia de Enrique en tan real libro, miente no en las Escrituras, ni en el apremio de la razón, sino en la forma tomista de discusión: esto me parece a mí. Yo pienso también. Yo creo también.

Y aquí me queda grabada una historia de mi Amsdorf. El tonto tomista rey argumenta de tal modo que, como mi Amsdorf acostumbra relatar concerniente los teólogos de Leipzig, cuya práctica es que cuando el demandado haya negado la postura de su oponente, lo pruebe con sus propias palabras, así debería ser. Cuando el demandado otra vez lo niega, entonces en segunda instancia debe responder: ¿y cómo puede hacerse de otro modo? Esto debería ser por derecho y por razonamiento tomista, ya que Enrique lo dijo además.

Y después en mi libro de la cautividad babilónica atacé especialmente este principio general tomista, y puse las divinas Escrituras contra el ritual, uso y autoridad humana, nuestro Lord rey en su sabiduría tomista no nos da nada como esto: el uso lo tiene así; tal como es al antiguo uso; entonces yo creo; los Padres también escribieron; la iglesia

también ordenó, etc. Incluso si fuera a escribir mil libros más, y probara por las Escrituras que el uso y autoridad del hombre no vale en materia de fe, podría ser fácil para el rey tomista replicar en mil libros, y pasar sobre las Escrituras adelantándoseme para guardarse en repetir: esto debe ser así, el uso ha sido así; la autoridad del hombre también dice y no dice nada de esto. Si yo fuera a responder, ¿como prueba la validez del uso del hombre uso y autoridad? El responde: esto debe ser así; esto así me parece, Entonces creo, ¿Eres tú solo el sabio entre todos los hombres?

Por lo tanto, lector, estos intratables tontos solamente desean que una crea solo en ellos. Yo no les pido que crean en mí, pero crean en la clara palabra de Dios. Estos demandan que creamos en el gusano que tragarón, producto de su cerebro, cuentos de viejas; y así desprecian la palabra de Dios. Ni tengo que negar todos sus usos y autoridades, aunque yo quiero que estas cosas sean libres y opcionales al ser escritas fuera de las sagradas Escrituras. Simplemente niego tomar como necesarios artículos de fe que son basados en palabras que deseo tolerar, las cuales sean bien expresadas mientras sean puestas juntas sin el testimonio de la Escritura, y deseo tolerarlos sin levantar conflicto contra ellos. Pero estos tontos quieren hacer sus artículos de fe sobre cualquier palabra de los Padres, siendo tan lejos lo que estos hombres santos quisieron hacer con sus escritos, que ellos mismos podrían ofenderse al no hacerse más grande blasfemia que la perpetrada: mientras que sus palabras y acciones fueron de libre opción, estos letárgicos tomistas las hicieron artículos de fe, esto es, las convierten en trampas de mentira para las almas de los hombres.

Dejemos entonces mi réplica general a toda esa agua de sentina del equipo de tomistas sin sentido, lo que este rey tiene a palas en su libro. Divido en dos clases, de esta forma: si mantengo cualquier uso o autoridad de hombre la cual claramente es contraria a las Escrituras, deje al uso ser anatema, tal que autoridad, que rey, que tomista, que sofista, que Satán, ni, incluso un ángel del cielo. Nada sería de valor contra las Escrituras, pero solamente vale lo acorde a ellas. De esta natura es el argumento con el que el imperturbable rey produce relativo a la omisión de la segunda parte del sacramento, adonde él siempre contiene en su tontería tomista que el uso es capaz de hacer algo en un artículo de fe, de cara contra las más simples afirmaciones del Evangelio, como veremos.

De esa locura ninguno de los viejos herejes nunca sufrieron, hasta ahora los herejes hicieron un uso especulativo de las Escrituras, y ninguno de ellos abiertamente lo condenó. Solo los papistas y tomistas, lo peor de las nuevas abominaciones, que tomaron del amaneramiento de los homosexuales, que confiesan que así y así establece la Sacra Escritura, y aún ellos no permiten que los hombres lo piensen. Ni Satán mismo blasfema tan abiertamente y pone la mentira como lo que está bien, inclusive en la cara de la divina majestad.

Si cualquier uso y autoridad del hombre se permitió, si no es repugnante a las Escrituras, no los condeno, aunque deseo tratar con tolerancia y con una precaución, que no interfiera con la libertad cristiana, y que tengamos la libertad de seguirla, guardarla, o cambiarla donde y como nos plazca, y si intentan establecer artículos de

fe, otra vez digo: dejen ser anatema a quien ha presumido esto, tanto el que sea un tomista sin sentido, o tonto papista, o un rey, o un Papa. Semejante es el procedimiento que nuestro Lord rey hace en sus artículos de fe: su sacramento de confirmación, matrimonio, sagradas órdenes, extremaunción y la unión del agua en el vino.

Aunque nosotros, contra su paja y rastrojo, cuyos divinos rayos son más que los que dominan, por el que Cristo (Mt XV) enjuicia todas las tradiciones de los hombres, diciendo: "En vano me adoran con enseñanzas y mandamientos de hombres." Que avale la universal hediondez de esta demencia tomista contra un dicho de Cristo, ¿acaso pueden pasar por encima de cualquiera los otros dichos? Si lo que es mandado por los hombres es en vano, como descaradamente hace este impertérrito rey, de mandatos de hombres, ¿nos hace artículos de fe! Y entonces este dicho de Cristo es abatido por ese infeliz, y miserable defensor de la iglesia Enrique, y todo a la vez este libro de Enrique.

¿Adónde resistes, mi Lord Enrique? ¿Realiza tu famoso gancho contra Lutero! ¿Qué es lo que afirma su señorío? ¿Siete sacramentos? ¿Por cuál autoridad? ¿Dios o los hombres? Dejemos entonces al señorío tomista escuchar su juicio no de Lutero, pero ante quien los fundamentos del mundo tiemblan: "En vano me adoran con mandamientos de hombres." Dejemos a su señoría ir y enseñar a su señoría papal su fe y religión vanas, y ya que su saber es tan bueno, que lo defienda. Pero guarda tu señorío impuro y sus sacrílegas palabras de la iglesia de Dios, donde sólo la palabra de Dios es admitida.

Bien, es tan repugnante esta tonta proposición del rey inclusive al buen sentido. ¿Pero quién no ríe cuando defiende nuestra fe cristiana con este poderoso Sansón de los usos de largo tiempo y empleados por tantos hombres? ¿Como cuando probamos que la fe del turco es errónea desde que está de moda ahora desde hace unos cientos de años, y surgió después que Alemania fue convertida al cristianismo? Y esto es razón suficiente porque, no siendo capaz de convertirlo gracias a su lejanía, ¿encontraríamos tiempo para menospreciar que nuestra parte del mundo vino a la luz? ¿Entonces podría alguien no justificar correctamente la religión de los judíos, acorde al método del incontestable tomista, ya que nos sobrepasan en longitud de tiempo? ¿Y por qué no podrían decir las naciones, según Enrique de Inglaterra, haber perseguido la nueva religión de Cristo justamente? Su idolatría, de acuerdo a su excelente argumento tomista, debe considerarse como la verdadera fe porque fue sostenida por miles de años, en tantos diferentes países, ¡y de tan largo y continuo uso! Además, enseñado por el mismo Enrique, dejemos aseverar que los errores de hombres malditos son la verdadera, porque desde el principio ellos han superado en multitud, duración y poder a las pocas e insignificantes congregaciones de aquellos que son piadosos.

La suma de toda la materia es que si los dichos del hombre son capaces de hacer artículos de fe, ¿por qué no podrían ser mis dichos artículos de fe? ¿Yo no soy un hombre? Más aún, acorde a esta nueva sabiduría real, todo hombre es compelido a creer en las palabras de todo otro hombre. Entonces dejemos al rey mismo, como un auxilio de su escrito, siguiendo su propia prescripción dice: Yo soy un hombre quien

también dice, por lo tanto esto debe ser entonces, esto no puede ser de otro modo. Estos argumentos tontos, ridículos y verdaderamente como Enrique y los tomistas son. Justo como si las cosas del espíritu fueran medidas por largo de tiempo y por uso y derecho, ¡como si estuviéramos midiendo una finca en un prado! Aunque si ellos dicen sus afirmaciones en esta materia son diferentes de las afirmaciones de otros, ya que las aseveraciones de los papistas son del Espíritu Santo, y los otros son de los hombres, el turco reirá de sus fútiles excusas, y dirá: como quiera que te sostienes sin Escrituran y sin milagros, por la mera autoridad del hombre, tu no haces más que lo que podría hacer si también acertara que mi fe fue de Dios. Y con la misma preparación con la que yo me condeno, yo también condeno tu fe; y con la misma autoridad con la que pruebas tu fe, yo también pruebo la mía.

¿Qué hacemos ahora? Excepto dejar igual que los tontos vean a nuestro Enrique tomista en su notoria ignorancia, ha tornado nuestra fe en un asunto del ridículo; y posee fuertemente el embrujo del mundo; por lo tanto merece que se corten su lengua y manos, entonces nunca pueda hablar o escribir otra vez. Pero todo esto es hecho por el implacable Satán en orden que puede hechizar a Enrique y a los sacrílegos tomistas, cambiándonos las Escrituras, y fijando en nuestra fe mentiras de hombres. Para esto no hay necesidad de sagradas Escrituras, si es suficiente para nosotros sostenerlo por algo dicho por el hombre, hallado afuera de las Escrituras.

Aunque nosotros, dándoles nuestro aplauso a los más meritorios defensores de la iglesia papista, al mismo tiempo digo: déjenme ser anatema y maldito quien ponga otro cimiento para nuestra fe que el que ya está puesto. Ya que Pablo (2Co 2) sanciona con su gran autoridad que nuestra fe pueda descansar sobre las palabras de Dios cuando él dice: "Mi discurso y mi predicación no fueron con palabras persuasivas de sabiduría de hombres, sino demostración del Espíritu y en poder, para que nuestra fe no podría establecerse en sapiencia del hombre sino en el poder de Dios." Con este trueno y rayos del cielo golpea y dispersa, como el viento esparce el polvo, todo lo evaporado por este Enrique en su tan tonto libro. Cualquiera cosa que este impertérrito Enrique escribe con la persuasiva sabiduría del hombre, mientras él no da demostración del Espíritu, o de poder; ¿aunque dale sobre los dichos de hombres a lo largo del tiempo?

Él inclusive tuvo el atrevimiento e impudicia de demandar que construyamos nuestra fe en estos fundamentos humanos, claramente atacando la declaración de Pablo.

Por lo tanto es condenado, ni doblemente condenado, no solo que el impertérrito Enrique intenta, además cazar el cuerpo todo de este Behemot, este reino del Papa con todos sus dogmas,; por el que procuran removernos de Dios, y para arrancar su palabra de nuestros corazones.

Por lo tanto nos adherimos al Defensor de nuestra iglesia quien dice (Mt 16): Yo construiré mi iglesia- y construir o a lo largo del tiempo, no en la multitud de hombres, ni en esto debe ser, ni en el uso y los dichos de los santos, incluso no en Juan el bautista, ni en Elías, ni en Jeremías, ni en cualquiera de los profetas-pero sólo en esta

sólida roca, sobre Cristo, el Hijo de Dios. Él es la fuerza de nuestra fe, en él estamos seguros contra las puertas del infierno. Él no puede mentir o engañar, aunque todo hombre es mentiroso. Y los santos, hablan o actúan independientemente de esta roca, pues son hombres. La más pura y la sola verdadera palabra de Dios debe ser el soporte de nuestra fe. Si hablo, déjenme hablar los oráculos de Dios (1P 4); y dejen toda profecía guardada en la fe (Ro 13). Esta es nuestra torre fuerte en la cual Enrique y los tomistas y papistas y sus impuros, tontos, puercos, hechizados y sacrílegos socios, sean llamados a silencio, no teniendo nada que contestar que con este rey trompetista se atreverán a ladrar. Aunque la cláusula permanece firme, que la fe no debe gracias a nada para ser cierta la palabra de Dios, como dice Romanos 10: "la fe que viene por el oír, y oír por la palabra de Cristo". Por lo tanto cualquiera que lleve adelante esto no es la palabra de Dios, dejemos a su disposición, aunque somos señores, creer o no creer, condenar o aprobar, como está escrito: todas las cosas son tuyas, tanto Apolos, o Cefas, o Pablo, y vosotros de Cristo. Si nos pertenece Cristo solo, ¿quién es ese rey imperturbable, que por sus mentiras, trata de que pertenezcamos al Papa? No somos del Papa, pero el Papa es nuestro; no somos juzgados por él, pese a que él es juzgado por nosotros. Aunque un hombre espiritual no es juzgado por nadie, mientras él mismo juzga a todos los hombres,- lo cual es cierto. Todas las cosas son tuyas- incluido el Papa. ¿Cómo muchos más de estas manchas y corrupción de los hombres, esos tomistas y Enrique?

Sin embargo yo también soy un tonto sin sentido, quien durante demasiado tiempo inculcó la misma cosa en vano en estos locos y deplorables cerebros, y siempre canto la misma canción sin resultado a estas sordas y endurecidas cabezas. Porque las tradiciones de hombres, o su largo continuo uso, cualquiera que sean no pesa en materia de fe. ¿Acaso frecuentemente tengo dicho, igual en la opinión de Agustín, que solamente a los libros canónicos debería darse la firme creencia de que son sin error cualquiera de ellos? Aunque si Agustín no lo dijera, las Escrituras requieren que creamos nada más que las Escrituras.

En vano, digo, cantando lo que guardo a estas sordas serpientes, quienes sinfín repiten y graznan su tonta charla: ¡Ambrosio, Agustín, Jerónimo dice así y así! Por tanto Lutero es un herético, ya que los dichos de Agustín y Jerónimo son artículos de fe. Aún estos santos hombres desearon nada menos que esta sacrílega adoración que se les diera por Enrique y sus burros seguidores, por quienes sus dichos son equiparados con artículos de fe, deseando como ellos que todos sus dichos sean libres, y ubicados a disposición, o rechazo, de cualquier creyente. Más aún, el chanchito tomista se esfuerza a admitir a admitir a este santo hombre ha muchas veces errado, y por lo tanto el uso de sus palabras para establecer la fe y agravando las conciencias, no puede ser de suficiente autoridad por el juicio del sentido común.

Entonces esta es mi réplica general a estos principios tomistas monárquicos, a lo largo de este regio libro, a saber, los principios de la larga duración de tiempo y números de hombres: quizás nuestro sutil Enrique haga santos ángeles de diablos, desde que el largo tiempo está desde el inicio del mundo en su favor, y esta es la única prueba

tomista de verdad. También Satán es superior a la sucesión de los hombres, quien bien después de ellos, igualmente por Cristo es llamado el príncipe de este mundo, y por Pablo el dios de este mundo, y el gobernante de esta oscuridad. Semejantes son los principios y artículos de Enrique, tal como su fe y verdad. Tal como es la fe, tales son los santos, me refiero a esta Babilonia, esta abominación digna de estos días finales.

Dejemos ahora las particularidades de nuestro Enrique, y veamos como muy bien por su tomista sabiduría se adaptan sus principios a sus conclusiones. Aunque primero debo pedir perdón a mi pío y cándido lector si llego a ser tedioso repetir tantas veces las mismas cosas en refutación de tradiciones y usos de los hombres. ¿Puedo hacer otra cosa, cuando el rey tomista trae todo el tiempo en su libro nada más que las enseñanzas y usos de los hombres? El no aduce un solitario pasaje de las Escrituras, con el propósito de establecer santas órdenes como un sacramento, y aduce ello fuertemente, como vemos. Si esto no es algo problemático de leer una y otra vez en las páginas de este imperturbable rey: Esto debe ser así, yo pienso así, uso como esto es así, la iglesia enseña así, ¿sólo tu arte es el sabelotodo? etc; él no deja, te lo ruego, ser tedioso en mis páginas leerlo tantas veces: pienso que esto no vale, este uso no prueba nada, esto no debería probar nada, esa iglesia no es la iglesia de Cristo, esto no es lo que puedo saber pese a que sólo Cristo sabe, etc. La necesidad me lleva a responder al imperturbable rey entonces, desde que argumenta en el mismo camino. El regio Defensor primero que todo maneja las indulgencias, de las cuales asevero de que no son nada más que imposturas, inventadas por embrujo de Roma, él los defiende; “indulgencias son imposturas, entonces todos los sumos pontífices han sido impostores; y no solamente León X mismo, pero a quien Lutero nunca elogia.” Oh ingenio tomista real, os manda el proverbio otra vez: un hombre puede nacer cualquiera de los dos: o rey o tonto. Si Lutero tuviera semejante autoridad que tanto un rey acuerda con él para alabar a León X, ¿porqué no concuerda con él para condenar las indulgencias? especialmente cuando en esta materia cuenta con el apoyo de las Escrituras, razón y obras, mientras que en el otro asunto esto fue meramente una cuestión respecto a un personaje importante. Pero el actor tomista quiere palos de sus colores, y ha decidido seguir no las Escrituras, no la razón, sino los meros dichos de los hombres.

Y así, el rey tomista, cuando yo condeno indulgencias, no me responde nada excepto estas palabras: las indulgencias no son imposturas puesto que León X es un buen hombre, esto debe ser así, esto no puede ser de otra manera. Usando su real y tomista argumento, uno puede decir: en el concilio del Papa de Roma nada equivocado es hecho, ya que León X es un buen hombre. Y además bajo la excelente guía de nuestro inglés rey Enrique, uno podrá justificar todas las abominaciones de la perdición romana.

El mismo argumento Silvestre utilizó antes del tiempo de Enrique; ya que él también fue un tomista. Ahora si en esta conexión yo fuese a discutir esta inteligente distinción, como su Aristóteles enseña, está sola cosa puede ser un buen hombre, otra un buen ciudadano y otra un buen líder. Podría argumentar sin propósito con tal estupidez y aburridos embotamientos. ¿Cómo menos podrían entenderme si argumentara este

tema acorde con las divinas Escrituras? En verdad que él no puede ser un buen hombre que no puede ser un buen líder. Por el Espíritu de Cristo (por él cual solamente somos buenos) hace al hombre perfecto, e instruido para cualquier buen trabajo, como Pablo enseña a Timoteo. Y las narraciones de la Escritura prueban la misma cosa. El hombre toma la bonita distinción que una cosa es un buen hombre, que es en apariencia, y otra cosa ser un buen líder, también en apariencia.

Pero Saúl, cuando él cesó de ser un buen hombre, al mismo tiempo cesó de ser un buen líder.

Por lo tanto esto no argumenta nada de que yo alabe a León X, y condene las indulgencias. Esto es doblemente enjuiciado aquí. No es legal enjuiciar a un hombre, pese a que pueda ser un verdadero mal hombre a la vista de Dios, tal como pueda superficialmente vivir sin hacer un crimen. El juicio es de quien escudriña el corazón y lleva las riendas. Esta es poca cosa a juzgar concerniendo a las indulgencias. Ya que esta es una materia de doctrina, en la cual buenos y malos hombres pueden errar (esto es, aquellos pretendidamente buenos o malos), si, incluso el elegido puede errar en esta materia, no permanecería en el error a menos que sea abiertamente maldito. Al juzgar en todo este asunto, y al enseñarlo, podemos distinguir entre la voz del pastor y la de los extraños.

Concerniente a León mismo yo aún hoy sigo en duda sobre lo que él realmente piensa, y si el continúa en el error. Pese a que no es un secreto de quién es el autor de la última Bula de León. ¿Aunque porqué probé estas espirituales y preciosas perlas ante estos cerdos? Lo que pueda entender Enrique de estas cosas, ¿quién igual no ve como extravagantemente tonto es su silogismo: León es un buen hombre, por lo que las indulgencias son verdaderas?

Dejemos venir otro argumento del rey Enrique, que concierne al Papado, cuales rompí con los más poderosos pasajes de las Escrituras. El Defensor del Papado, confrontado con mis pasajes de las Escrituras enmudece como un pescado, pero su real presunción lo lleva a pensar que meramente Lutero abandone las Escrituras y se dará con sus mentiras. El prueba que el Papado es el camino: esto puede ser así; oí que además en la India se han sometido al pontífice romano, y también Grecia, y S. Jerónimo reconoce que la iglesia romana es la iglesia madre mundial. ¿Se atreverá este Lutero maravillado a decir algo contra semejante fama, y semejantes argumentos tomistas?

Pregunto si entonces establecemos el Papado porque el rey de Inglaterra escuchó que la India y Grecia se le han sometido, por el mismo razonamiento el Papado será desestabilizado, porque Lutero oyó, y es cierto, que ni la India ni Grecia nunca fueron sujetos, ni nunca quisieron ser, sujetos al romano pontífice, Por lo tanto el glorioso rey, después a su manera, se encuentra bastante arreglado cuando él toma a Jerónimo para defender el Papado; por lo cual este escritor no llama a su propia iglesia romana la iglesia madre mundial, pese a que se encarniza más que todos los otros contra su ambición monárquica. Pero el rey fue más cuidadoso de su propia gloria que por esta causa, y así, como un tomista, el omite las Escrituras, que son necesarias para establecer

asuntos de fe, y al mismo tiempo nos cuenta que él escuchó, que él puede hacer nuestra fe y salvación depende de lo que escuche.

Hasta aquí el feliz rey de Inglaterra, parece haber sido, como era, un ignorante e indocto laico (si me disculpas llamarlo así); pero ahora él obra seriamente y se ciñe para la batalla que ha llevado en la que defenderá los siete sacramentos, y primero de todo el sacramento del altar, en el cual censuré tres proposiciones tiránicas: primeramente, porque la segunda parte fue apartada de los cristianos; segundamente, porque son compelidos a creer como un artículo de fe esto que no permanece más que pan y vino después de la consagración; terceramente, porque ellos lo han hecho una obra y sacrificio.

Y aquí no tengo que contender demasiado con la ignorancia y estupidez de Enrique como con su impaciente y obstinado embrujo. Él no solo anda con embustes como un arlequín mareado, aunque en estas sagradas materias ahora es audaz, ahora evasivo; ahora altera cosas, ahora el revuelve cosas. En fin, el dice cosas o no las dice con su inclinación de moverlas, así que para él son ciertamente iguales, si no sobrepasa, al más desvergonzado de los actores. Lea mi libro de la cautividad babilónica, mi querido lector, y verás que yo hablo la verdad; escribí un fuerte libro tal como el que estoy escribiendo, al cual el virulento y no vale nada tomista siente su fuerza, la prueba de esto es que el deja sin tocar mis mejores y más fuertes pasajes de la Escritura tan bien como mi argumentación, adviertan en su lugar piadosos lectores en su sinsentido libro, no lo lean escrito de mi libro, y vean como a su modo descubre su embrujo.

Confieso abiertamente que fui un poco perturbado cuando descubrí, comparando mi libro con el suyo, como malditamente pasó sobre mis puntos fuertes; y con qué cerdada de sus cachetes trompeteó su Defensa de los sacramentos contra Lutero. Para su reino papal, engendrador de mentiras, nada puede hacer, guardando con este carácter, salvo engañar, fingir, se burlan y pisotean la veta de oro, y entonces se glorían en todas estas cosas y se jactan como triunfadores. Pero que venga ahora, que nos revele su real y bellaco embrujo en la primera tiránica proposición, a saber que es solo una parte del sacramento del altar. Probé que la segunda parte fue sacada lejos del pueblo, y tengo probado por siete argumentos, los cuales me reivindicaron, que ahora me hace ciertamente triunfante, desde que el más glorioso defensor del papado, escupe su coraje real, pasando entonces a silencio.

- 1- El primer argumento que avancé fue la autoridad de los evangelistas, quienes cuentan en una invariable narrativa que Cristo instituyó ambas clases recibidas, para aquellos que observan su memorial; y que él significativamente suma al dar las gracias a la copa con las palabras: "Beban de ella todos." Este argumento no lo replica el regio Defensor de la iglesia.
- 2- El segundo argumento que avancé fue que si Cristo dio el sacramento de la cena sólo a los sacerdotes, sería una revuelta querer dar alguna parte a los laicos; ya que no es legal cambiar la institución y ejemplo de Cristo. Aquí el glorioso defensor rey de Inglaterra hace la paz.

- 3- El tercer argumento que adelanté fue si una parte de este sacramento puede tomarse para el laicado, entonces una parte del bautismo y la penitencia pueden sacarse con la misma autoridad. De ningún modo que cualquiera institución de Cristo pueda ser tomada en parte. Si esto no puede ser hecho, entonces ni la segunda parte de la cena del Señor puede ser sacada. A esto el glorioso Defensor de la iglesia no replica.
- 4- El cuarto argumento que empleé fue que Cristo dijo “Esta es mi sangre derramada por la remisión de vuestros pecados,” y por lo tanto dado a aquellos a quienes esta remisión de pecados es dada, no es posible culpar al signo de esta remisión, la cual Cristo les dio. A esto el asustador tomista inglés nada dice.
- 5- El quinto argumento que utilicé fue que si el vino puede sacarse, el pan también puede sacarse, y consecuentemente todo el sacramento puede sacarse, y la institución de Cristo hecha sin efecto. Si no se puede sacar todo, entonces ni una parte puede sacarse. Aquí el inconquistable rey quizá recuerde el proverbio: por silencio muchas preguntas son respondidas; y guardando silencio delante de mí se establecieron una y otra dificultad.
- 6- El sexto argumento que puse adelante fue preguntar con qué necesidad ambas clases fueron negadas al laicado, cuando a pesar de que todos los hombres acuerdan en lo concerniente al sacramento, así que enseñamos que el sacramento debe ser dado bajo una clase y bajo la otra. ¿Si acordamos en la cosa más importante, porque ellos niegan la segunda señal (como ellos la llaman) de este verdadero sacramento? Aunque esta cuestión levanta dificultades en la mente del ilustre Defensor de la fe.
- 7- El séptimo argumento que avancé fue que Pablo cierra la boca todos los disputadores, cuando (1 Co 11) no solo para los sacerdotes sino que para la iglesia y todo creyente el da todo el sacramento. Este argumento dice al Defensor de la fe: no me tocas.
- 8- ¿Tú tienes, mi cándido y amable lector, visto suficiente del embrujamiento de este defensor? Si ahora ves en todo su cuerpo una sola gota de sangre real, o en toda su mente una pizca de divinidad. Pregunto ¿quién no podría ser más indignante que esta maldad sofista? De su propia voluntad y propósito, ruge contra la verdad conocida tan fieramente, que pareciera que su opinión es que ante todo el mundo sea borrada y enterrada. Claramente él es un vaso escogido de Satán, el más noble Defensor de la iglesia papal. Con el mismo celo el propone a través de su blasfemo y sacrílego libro; y el pío lector podrá aprender por este signo a cuidarse de su agua envenenada y tener sospecha de cualquiera de sus escritos. Esto no es un error sino puro hechizo y endurecida maldad que escribe, mintiendo intencionalmente y blasfemando.

Pero este defensor silencia acerca de las cosas necesarias, dejándonos ver lo elocuente que versa sobre cosas triviales. (¡Abre tu boca bien, oh lector, que puedes tomar maravillas de este poderoso tomista!), y como procede regiamente enseñando en esta materia, él fue el rey que probó que es legal sacar la segunda parte del sacramento. La iglesia, él dice, dio el sacramento en la

mañana, cuando Cristo lo da en el atardecer. También nosotros mezclamos agua con el vino, de lo cual las Escrituras nada relatan.

Por lo tanto, si la iglesia fue capaz de haberlo hecho, o de instituirlo, puede además sacar parte de los sacramentos.

¡Así este precipitado y loco miente contra el señor de la gloria, debe seguir su curso y ser soportado! Como podría asombrarnos, si asnos y chanchos pudieran no solo hablar, sino juzgar entre yo y Enrique. Aunque tomaré por jueces a otros asnos y chanchos, quienes no solo hablan mucho. Por lo tanto juzguen, si sofistas, si los de París y Lovaina, si los de Colonia y Leipzig, y todos nuestros socios que puedan ser: ¿cuál es el fundamento del argumento de Enrique y los tomistas? Para vosotros también escribo en los márgenes del libro de Enrique: aquí Lutero se encuentra vencido. Así habéis aplaudido a nuestro Enrique. Cuéntenme entonces: ¿Cuál es el lugar de su argumento? ¿Dónde está la lógica de su conclusión? ¿Si nada se hace afuera de las Escrituras, podría ser considerado por ende, de algún valor contra las Escrituras? Vino es mezclado con agua sin la aprobación de las Escrituras; por ende las Escrituras que dan una segunda parte a los sacramentos deben ser condenadas, aún llamarse heréticas, y deberían ser manchadas por tus más rabiosas blasfemias.

¿No te has avergonzado, Enrique, dado que no eres más que un rey, sino un sacrílego saqueador de la divina y sagrada palabra de Cristo? ¿Todavía no sudas, virulento sofista? ¿Cómo miente Lutero si está vencido? Miserable mentecato, eres tan reprobado en tus sentidos que aún afirmas ser la fuerza principal de su regio libro, que verdaderamente las rocas clamarán bajo el peso de la blasfemia.

Aquí describiré las obras de alguna clase de tonta o loca persona que yo puedo pintar a mi rey con verdaderos colores. Supongamos a un hombre que argumente una prueba porque una cosa ha sido hecha contraria la Escritura, por tanto esta Escritura cede su legalidad. El adulterio es cometido, por lo tanto la ley contra el adulterio es herética. Yo creo que una cosa semejante puede aparecer loca, incluso a mi rey; aunque el mismo es el príncipe de los locos. ¿Y todavía como podría semejante único argumento sostener el ingenio más sabio que mi Enrique argumenta? Si realmente la Escritura puede ser dejada de lado por cualquier escrito, entonces mejor dejarlo de lado por ser un escrito contrario a aquella. Aunque mi rey en orden a superar todas las otras pruebas en locura por el hecho de que no está llevando en la cuestión que la Escritura pueda ser dejada de lado. En la mezcla del agua con el vino es más opuesto a la segunda parte del sacramento que a lo de la creación del mundo, o al nacimiento de Cristo. Si por consiguiente el rey justamente argumenta: vino es mezclado con agua sin Escritura, por tanto no merece dar atención a lo que la Escritura dice concerniendo a la segunda parte del sacramento; cuando este silogismo además es correcto: vino es mezclado con agua sin las Escrituras, por lo tanto lo que digan las Escrituras concernientes a la creación del mundo y al nacimiento de Cristo pueden dejarse de lado. Así que nuestro glorioso rey enseña que las Escrituras y la palabra de Dios deberían ser dejadas de lado, no solamente por

ser una obra contra ellas sino ya que no se sustenta en éstas; y a menos que no acordemos con él, quien desea ser el único cristiano en el mundo, de ningún modo el defensor y sustentador de la iglesia, entonces somos todos herejes. Y esta es la recompensa, como debería mi rey recibirlo como mérito de su error. Pero planearé otra tontería: supongo un hombre que argumente que un cierto pasaje de las Escrituras fuera herético ya que dio otro pasaje de las Escrituras, no oponiéndose sino meramente nada teniendo que hacer con esto. Supongamos que dijera que Juan el bautista no fue el que había de venir primero, porque Jetro aconsejó a Moisés a instituir una forma de gobierno civil (Ex 18), quizás igual mi rey pueda reírse de esto, o tener compasión de este maniático.

Pero aquí no se compara a este maniático y a este rey. Pues si por una cosa que no tiene ninguna relación con esto, algo en las Escrituras debe ser cambiada; aún si este cambio pueda ser justamente hecho en las Escrituras por algo irrelevante, no obstante, si hubiera en la misma Escritura algo irrelevante, sería totalmente afuera de las Escrituras. Mezclar vino con agua es hecho fuera de las Escrituras, y no ha sido sostenido en la segunda parte del sacramento. Y todavía mi rey, de acuerdo a lo que los sofistas dicen, con cuyos silogismos han puesto por debajo al infeliz Lutero, y ha merecido que le den indulgencias, una muy digna recompensa para tal profunda sabiduría.

Por lo tanto errarás después de esto si argumentas. Enrique es rey de Inglaterra y todavía Dios no ha tomado nota de ello, ni registrado, en las Escrituras; ¡por tanto Cristo ni nació ni sufrió! ¡Ni, toda la Escritura equivale a nada! Pese a que no quiero escribir en los márgenes de mi libro, aquí se encuentra el vencido rey de Inglaterra. No le deseo ser vencido por mis palabras sino por la clara evidencia del caso.

¿Entonces que podemos juntar de todo esto? Esto, en verdad, que los pensamientos de los corazones de los hombres malditos son revelados por el signo de la auto-contradicción, han caído en el abismo de la absurdidad y pronunciaron estas horribles monstruosidades no por otra razón porque consideran en sus corazones que las divinas Escrituras como otras cosas humanas semejante a la mezcla del vino y agua, ni le dan ningún gran honor. Por esto acaso la Escritura misma a su modo confunde todo aquello de quienes no le dan honor y glorifican como divino.

¿Pero qué tiene que hacer este chanco con las Escrituras? Dejemos que se vayan abajo con su propio dialecto y dejémosles convencidos de que no podemos hablar en su mismo lenguaje.

Dejemos al glorioso Defensor de los sacramentos contarnos como prueba que es necesario que la misa pueda ser celebrada en la mañana, o como esto es contrario a la institución de Cristo si nosotros celebramos a la mañana cuando él lo hizo en la tarde. Como de la misma forma pregunte concerniente a la mezcla del agua con el vino.

¿Quién hizo de esto un artículo de fe? ¿Quién osa decir que es un pecado que celebremos sin agua? Mientras Enrique dice, esto debe ser así, ¿y mientras él niega creer que Lutero tenga el hábito de celebrar sin agua?

El dice que la costumbre fue la fuerza de la ley. Yo contesto: deje tener la fuerza de ley en casos civiles; aunque nosotros hemos sido llamados a libertad, lo cual ninguno puede, ni podría, admitir ni ley o costumbre, cuando tratamos de cosas espirituales. ¿Porque fue este dominante y real Enrique tan malamente aprendido su propio lenguaje, y ya que es aquí tan viciosamente pordiosera la cuestión, sosteniendo, probando, como divino y necesario artículo de fe lo que es meramente opcional y humana invención? No maravilla cuán grande es la ruina de este libro, cuando el construye sobre semejantes cimientos de arena.

Por eso elegimos guardar silencio ante estos papistas y santos Enriques en la cuestión de estos magníficos artículos de su fe por cual creen que la comunión debería ser celebrada solamente por la mañana, que debería celebrarse sólo en lugar sagrado o por medio de sus portátiles (como ellos lo llaman), esa agua siempre podría ser mezclada con el vino, y otros artículos de más peso y dignos de estos tan sacro santos.

Pero llamamos a quienes están vinculados a todos estos detalles meros tontos y estúpidos, y apoyamos que somos libres de dar los sacramentos cualquier día o noche, sea en la mañana o en la noche. El tiempo, la hora, el lugar, los vestidos, el ritual son libres. Y es sin pecado quien coma y beba moderadamente antes de la comunión, lo cual Pablo también lo afirma (1Co 11) diciendo: si algún hombre tiene hambre guárdese de comer en el hogar, así no iremos a juicio por la cena del Señor.

Por lo tanto Cristo, quien en el atardecer instituyó la comunión, no instituyó el atardecer para la comunión, ni la mañana; no dijo palabra sobre tiempo, personas, lugares o vestidos. De otro modo si él hubiera hecho del tiempo un artículo de fe para sus seguidores, el pudo haber hecho además artículos de fe sobre la era, lugar, personas, vestido, y pudo no ser legal para cualquiera, salvo para los hombres de la misma era como los apóstoles fueron, para participar de esta cena, y solo vestidos con toga y en reclinatorios. De esto sigue que el sacramento no puede darse a la mujer, ni a vírgenes, desde que las Escrituras no dicen nada sobre que ellas estuvieran presentes. ¿Y quien pueda contar todas estas absurdidades que sigan hasta el fin la proposición de este aventurero rey?

Pero es diferente con las dos partes del sacramento; ya que Cristo no dejó que esto sea libre, aunque lo instituyó y fijó su uso en claro lenguaje. Y en mi opinión podría ser mejor y seguro no mezclar agua con vino, desde que esto es meramente un humano y siniestro producto, más aún, tuvo un significado muy malo. Esto no significa que seamos incorporados en Cristo, desde que las Escrituras no tuvieron semejante signo, pero de lo cual dijo Isaías (Is 1): “Mi vino es mezclado con agua”; esto es decir, la más pura Escritura de Dios es viciada por tradiciones humanas. Y ello es culminado, como debería ser, en sus sacramentos, y aún, el vino es enteramente cambiado en agua; por eso no queda

nada de la palabra de Dios en su sacramento. Ni yo condeno la costumbre del comulgar en la mañana y en lugares consagrados, aunque dejemos rechazar la necesidad. Ya que es nuestro deseo que cualquier hombre que no pueda ayunar, o de un reuma o enfriamiento le impida levantar el ayuno, dejémosle comer y beber antes que parta a la cena del Señor. Y dejemos todo esto libremente, por el que pueda estar más confortablemente en cuerpo y mente. Lo que Enrique llama la iglesia nosotros llamamos la mujer escarlata. Pese a que la iglesia no puede ser sin ritos ni ceremonias, ni hace leyes y entrapa las almas de los hombres con ellas. Ellos hacen esto, quienes cuentan con el nombre de iglesia, estos chanchos y asnos, esos seguidores de Enrique, esos papistas y sofistas, quienes son embaucadores de su compañero Anticristo.

Cuento ahora, mi lector, que deberías pensar de la sabiduría del rey de Inglaterra, y ver como tonta y ridículamente argumenta esta costumbre (aunque sea de origen desconocido, opcional y cambiante) pudiera prevalecer contra la clara, concedida e inmutable palabra del Evangelio.

Y al mismo tiempo aprendes en que concepto el toma la palabra de Dios mientras él ha confeccionado- hinchado con orgullo en nombre y majestad de su reinado- este libro contra el pobre y necesitado Lutero. Pues tú tienes visto en parte el juicio de Cristo, quien no teme ni el orgullo ni las blasfemias de reyes; pero en la otra mano transfiere montañas antes de que lo sepamos, y toma a los astutos en su propia astucia.

Por lo tanto hallo prueba que mi libro de la cautividad babilónica fue la mayor obra cristiana, desde que el exigente rey tomista no ha tocado ni uno de los puntos fuertes, aunque sacudiendo vacilante y con rastrojo marchito contra mi roca haciendo un notorio espectáculo ante el mundo, tanto para estos idiotas, puede entenderse cuan famosa vino a ser su ignorancia, su tontería, su maldad, y su hechizo. Debemos pasar a algo más.

En mi cuarto argumento, después que probé que no fuera necesario creer que el pan y el vino son transustanciados, el rey tomista viene a mí con dos catapultas. La primera es el dicho de Ambrosio. La segunda es este tomista batiendo ariete, como debería ser llamado. El alega que Ambrosio asevera que nada permanece más que el cuerpo y sangre luego de la consagración.

¿Qué replico a semejante sinsentido y tonta estupidez? ¿Si pregunto, el dicho de Ambrosio es un artículo de fe necesario? El rey responde: esto debe ser así. Si yo pongo la cuestión: ¿Quién dio a Ambrosio el derecho para hacer artículos de fe? El rey responde: esto debe ser así. ¿Y no ve este tonto que la palabra mencionada de Ambrosio es la que lo derrota? Es imposible que nada pudiera permanecer salvo el cuerpo y la sangre después de la consagración, a menos que el súper-ingenioso tomista piense que la forma, color, frío y otros accidentes sean nada.

Verdaderamente, desde que son nada, vemos permanecer en semejante manera que igual podemos probar que Ambrosio aquí erró palpablemente.

Pero debemos ser agradecidos a que Ambrosio no quiso que permanecieran pan o vino, a esto diré, concedo a Ambrosio su propia interpretación.

Ni el santo hombre quiso por su interpretación atar la conciencia de cualquier hombre como si fuera un artículo de fe, cuando no puede ser probado por las Escrituras. Pero como él piensa libremente de esta manera: entonces él claramente permitió a otros que piensen otra cosa- excepto el tomista, quien está bien que su propio soporífero sueño pudiera atraparlo, tomando estos, como lo hace, por artículos de fe.

Y ahora para este otro regio argumento, por las palabras (él dice) de Cristo son claras cuando él nos relata: "Este es mi cuerpo." El no dice, con esto, o en esto, es mi cuerpo. Y aquí otra vez cargo al rey no tanto con indolencia como con embrujo. El ladrón toma de las palabra de Cristo, y las pasa regiamente sobre mi argumento, como si él tuviera el derecho de poner manos en las palabras de Dios y arreglarlas acorde a su propio querer. Aunque con las más ridícula y asnal filosofar tomista, el hace del pronombre *Esto* por mi cuerpo. Y aunque él pudiera conquistarlo gritaría más fuerte: "las palabras son claras: este es mi cuerpo." Pero mientras tanto la totalidad de este pesado argumento, con el cual atacué a esta pretendida filosofía, el pasó en silencio, ¡el sofista sutil! En toda mi disputación trabajé el punto del pronombre *Esto* en el pasaje en cuestión donde no podría referirse a *mi cuerpo*. No requerí a un gordo chanco para contarme que eso no fuera nada más que el cuerpo de Cristo aquí, si es que el pronombre *Esto* pudiera ser solo el cuerpo.

Aunque esto fue el principio de la viciosa cuestión, costumbre de todos los sofistas, debería primero demostrar que el pronombre *Esto* refiérase al cuerpo, y en este camino abatió mi razonamiento. El no hizo nada de esto, pese a que ridículamente grazna: Cristo no dijo, en esto o con esto, pero esto es mi cuerpo. Y yo no puedo responder con la misma tomista astucia: ¿Cristo no dice que el pan es transustancionado en el cuerpo como tus maestros de fábulas pretenden?

Pero el rey podría haber atacado el argumento en el cual demostré el contexto de las palabras en cuestión, que el pronombre *Esto* permanece para el pan, y que estas palabras claramente significan, *Esto es mi cuerpo*, esto es, este pan es mi cuerpo. Por el contexto es como sigue: "El tomó pan y dando gracias, se lo reparte y dice: Este es mi cuerpo," etc. Tú ves aquí que todas estas palabras- tomar, dar gracias, repartir- son dichas acerca del pan. Y al pan es puesto el pronombre *Esto*, aunque la verdadera cosa la cual toma, dando gracias, y reparte, es tomado y bendecido y partido es lo que él quiere decir cuando dice *Esto es mi cuerpo*. *Esto* se refiere al sujeto, no al predicado. Porque no toma, bendice, y rompe su cuerpo, sino el pan. Por lo tanto, *Esto* no es al punto del cuerpo, pero lo es al pan. Estas palabras, las cuales son claras, el rey malvadamente oscurece, y urge su descarada interpretación de *Este es mi cuerpo*, y en su temeridad hace que el pronombre se refiera al cuerpo.

Aunque es una señal, marca de la sabiduría tomista, la cual cuando le pregunta la razón de su artículo de fe, no conociendo otro artículo admitido para mí a menos que sea sostenido llanamente por la Escritura, no tuvo otra réplica que "Esto debe ser así."

Las palabras son claras y llanas. Pero quien es tan insano gramático que dice: *Esto es mi cuerpo* entiende o reúne que el pan es cambiado en sustancia como no sea que él sea hecho de la escoria tomista. ¿Qué tienen estos ignorantes como todos nuestros gramáticos? Ya que él no puede decir tan fácilmente que el cambio de sustancia es probado por las palabras: el Apocalipsis del bendito Juan 8. Por si esto es poco suficiente para establecer un artículo de fe al decir en una regia manera, las palabras son claras, después que éstas no son palabras que no sean capaces de probar cualquier cosa concerniente a cualquiera, especialmente cuando el cabeza cuadrada escucha estas mismas claras palabras, dado adelante por mí con un significado poco diferente de su significado, y libre de toda oscuridad.

Más aún, nuestro famoso rey Enrique, el sofista tramposo, cuidó incluso demandarme: pruebe que esto no es transustanciación. Qué es más estúpido que este tomista que debe enseñársele los elementos en debate, para, cuando debía probar lo negativo. Debemos mandar a estos tan eruditos hombres a los herejes y al turco a defender la fe, desde ahora no es necesario dar ninguna razón de fe aunque simplemente decir, pruebo que esto no es así. Todavía estos chanchos y asnos, ahora han probado (como el dijo) mi contendiente fuerte para el Evangelio mismo, es decir, que, en materia de fe, solo lo que las Escrituras aseveran ser cierto, y con lo que las Escrituras no aseveran, pero debe ser opcional, incontrovertiblemente el sacramento que las Escrituras mismas claramente llaman pan.

Pero tanto tan lejos nuestro rey tomista ha sido un filósofo, esto es ahora una bella vista para ver como el toma la parte de un teólogo tomista contra mi razonamiento, cuando yo doy adelante contra su artículo de fe tomista más que el trueno celestial de Pablo (1Co 10), donde tan claro el llama este sacramento pan que nunca la ignorancia del rey ni el embrujo del tomista puedan hallar cualquier agujero de bucle como escapatoria, desde que las palabras de Pablo ponen más lucidez que la luz: “el pan, el cual nosotros partimos, ¿no es la comunión del cuerpo del Señor?”.

El dice “El cuerpo que partimos.” El no dice: “nada permanece después de la consagración que nosotros partimos, o “Los accidentes que rompemos”; pero, “El pan que rompemos, tal como ya bendecimos y consagramos. Este pan bendecido, entonces, es la comunión del cuerpo del Señor, etc. Similarmente son las palabras de 1Co 2: “El que coma de este cuerpo,” etc.

El buen y dulce tomista, quien no brinda razones ni de las Escrituras pero meramente de su misma consideración, esto podría ser así, que nos cuente que las Sagradas Escrituras tuvieron alguna vez una manera de llamar a una cosa tal cual fue, o de la cual es como es, tal como es en Ex 7: la vara de Aarón se trago las varas de los magos, esto es decir, la serpiente que fue la vara de Aarón. Estas son sus palabras.

Con razón sus mentiras vuelven sobre su cabeza, mi sacrílego impertérrito rey, quien se ha atrevido decir con cara de bronce que las palabras del Dios infalible

alguna cosa signifiquen otra. ¡Que un agujero de bucle, reza, fue esta loca blasfemia del rey abierta por todos los herejes y enemigos de la fe!

¿Si es alguna vez admitido que la autoridad de las Escrituras pueda descansar en inciertas y decepcionantes palabras, entonces todos los maestros de toda clase de dogmas no serán capaces de probar, desaprobado, sostener y defender? Como es mucho más cierto que justamente S. Agustín rechazó permitir que una mentira fuera dicha en broma, o dicha por cortesía, para eludir la autoridad de las Escrituras si es dada contra ellas, e interpretando en semejante forma que no tenga ningún peso. Pero debe ser así, dejemos al rey tomista no agradecer a su creador como es que puso su significado en sus palabras. Más bien podría tener confesado que no conoce como se engulle una vara, tan depravado es lo que ha escrito. ¿Y si es verdad que una vara es llamada serpiente, la cual alguna vez fue una vara, por cual consecuencia se sigue que aquí esto es llamado pan el cual no es pan, aunque alguna vez lo fue? Confiando que, en esta sabiduría tomista, podrás argumentar por tanto: las Escrituras cierta vez dicen que una virgen fue madre, por lo tanto otras vírgenes deberían ser madres, aunque las Escrituras nada dicen acerca de ellas, en el mismo camino esto viene aquí sobre que el pan no precisa ser pan, porque una vara no es una vara.

Pero este truco puede producir cualquier número de semejantes monstruosidades fuera de las Escrituras. No asombra que este pretendido tomista sea como el olor de las heces y todo aquello sin refregar, llamado Arriano; también, cuando fueron confrontados con las claras evidencias de las Escrituras que Cristo es Dios, respondieron entonces con real y anglicana agudeza: Cristo es Dios pero no verdaderamente, esto es, Él es llamado, no nombrado Dios, ya que no nació como Dios. En esta manera este nuevo arriano reta blasfemar, diciendo: con Pablo esto fue llamado pan, pero no fue verdaderamente pan. Así entonces estos maniqueos encontraron un soporte en su glorioso defensor de los sacramentos; se llevaron lejos de la realidad tal como está escrito en la palabra de Dios, y la sustituyeron fantasiosamente.

Y ahora al fin utilizaré con ellos su real arte y diré: mi tomista transustanciación no es real, pero solo es llamada transustanciación, o se asemeja a transustanciación. ¿Cómo él me evitará? ¿Esto no es lícito para mí, que juega con sus declaraciones somnolientas justo como el declara con las sinceras palabra de Dios? Mi prueba es como sigue: desde que alguna vez leo en las Escrituras que una cosa llamada vara no es una vara, por lo tanto es lícito para mí, cuando yo deseo, ambos afuera de y sin las Escrituras, por mi misma autoridad, negar la sustancia de lo que yo quiera, y aseverar que lo es solamente de nombre, a menos que el ejemplo de tal grande rey, como así tomista, tan sutil, tan glorioso, y tan jactancioso defensor y autoridad, es de no cualquier precio.

¿Tú ves entonces, mi lector, como esto mismo, no importan donde se reunió con él o derivo, esta sabiduría tomista, esta cruda y asnal crudeza? Esto es el vicio constante de los estúpidos tomistas que han rogado la cuestión, y que han convenido probar que lo que presuponen está ya probado. Entonces dejémosles

hacer para sí mismos, imágenes masculinas de oro del Señor, como Ezequiel dice, y adecuemos las divinas palabras a sus sueños, y entonces decir, esto debe ser así, porque yo digo así, que esto es lo que las Escrituras dicen. ¡Oh defensores, dignos sois de las indulgencias y sacramentos papales!

Pero estas maquinaciones afines de Satán, el cual se cambia en ángel de luz. Y como desde el principio Satán deseó ser como el más alto, así el no ha cesado trabajando constantemente por palabras y obras como si fueran las palabra y obras divinas, el puede engañar al niño de un incrédulo. Por lo tanto la mascarada de su papado, cuando después de arrogarse a sí mismo el derecho de romper un voto, con cachetes inflados puso confidencialmente en sus decretales estas similitudes: el primer nacido de un asno puede ser cambiado por una oveja; por tanto yo cambio este voto por otra obra,- ¡como si el primer nacido de un asno fuese un voto! Esto es como nuestro rey balbucea: una vara es llamada una vara, y aún no es una vara. Por ende, Pablo llama a este pan el cual no es pan; ¡como si una vara y un pan fueran la misma cosa! ¿Qué confusiones no dará Satán sobre la iglesia, desde que los sofistas, a quienes han recibido en la iglesia, desde que empezaron a usar su forma de enseñar y argumentar?

Pero el rey muestra otro espécimen de su destreza en esta materia, así que uno no puede creerle ninguna cosa a este tomista. Si, él dice, Lutero tan rígidamente ata las palabras de la Escritura, dirá que incluso Cristo es trigo en los cielos, ya que dice "Yo soy el pan venido del cielo." También él dirá: que él es vino natural, porque él dice "Yo soy el verdadero vino.", etc.

Como dije antes, nada bajo el sol es más nacido engrosado y estúpido que los tomistas, estas criaturas monstruosas. ¿Qué niño no podría reír ante este loco rey en esta materia, excepto por razón de su señal malvada y por su celo de blasfemar en que es mas merecido de odio, o de lágrimas? El no posee sentido suficiente, o percepción, en él se ve la vasta diferencia entre los sueños y las palabras de Cristo. Por la verdadera consecuencia de sus palabras, otra absurdidad de cosas, el ultraje de la común inteligencia, al lado de su propia interpretación, su prueba del pan espiritual, como él dice: "Mis palabras son espíritu y son vida." De cual espíritu y vida aquí no hace mención en todas las palabras que Pablo habla sobre el pan de los sacramentos, ni, todos los argumentos van a probar que Pablo así lo entendió al hablar solo de pan de trigo. Y todavía este bloque inmovible se atreve a afirmar una semejante frase aquí, la cual ni siquiera un tonto pudiera llevar en su cabeza de creer posible. Pero el rey lo hace en la manera digna de los tomistas, cuya costumbre es pasar sobre la regla de entender las Escrituras (las cuales toman nota de las consecuencias, circunstancias y objeciones), y levanta y gira alguna palabra, y entonces asevera cualquier cosa que afirma en su mente.

Aquí ves entonces, te ruego lector, que deberías pensar de este idiota e ignorante libro del que tal estúpido e impertérrito rey. Al mismo tiempo te ruego veas como esto no es un juicio, ni discernimiento, ni diligencia en todo el cuerpo tomista; pero todas las cosas son dichas y transadas y hechas con

increíble temeridad y presunción e ignorancia, así que pueden matar con el tedio tanto a lectores como oidores.

Mi Pablo permanece invencible ante todos estos fútiles defensores de la transustanciación, y dice: “El pan que partimos”, él golpea con sus cuernos doblemente; primeramente porque podemos hacer nuestras propias aserciones no por razonamiento, ni autoridad; segundamente, porque sus frías explicaciones no buscan más que cargar y enviciar la cuestión. Y la suma de lo que logran es que prueban que es posible como dicen que esto es, cuando entonces debería investigar el hecho, ambos si es así, y que debería ser así. No hay duda de que Dios puede transustanciar pan; pese a que esto no lo pueden demostrar. Y me maravillo como este por demás entendido tomista, porque él no transustancia los elementos también, desde que estas palabras de transustanciación, según sus cerebros, solamente denotan el cuerpo de Cristo. “Esto es mi cuerpo.” Por lo tanto, no habrá a menos que este cuerpo de Cristo por el testigo de su Ambrosio, y por tanto no atestiguaremos que lo serán con los otros accidentes. O porqué no argumenta, ¿qué impide no ser este pan, en el mismo modo que lo son los accidentes? Reza, ¿donde está la necesidad de acabar con la sustancia, y guardando los accidentes? Esto es sólo un adagio tomista, ¿esto debe ser así?

Paso por encima ese retórico desprecio de sus más convincentes analogías que llevé adelante, a saber: aquellas del hierro candente y del Dios encarnado, donde ni es necesario para el hierro yacer en el fuego, ni para la hombría darse en la cabeza de Dios. Aunque no requiero defender mis aseveraciones, aun puedo dar a mis oponentes suficiente para pensar si pruebo que él pueda alegar otra cosa. Y así puedo decir, el cuerpo de Cristo, el pan permanece pan, es en el sacramento en el mismo modo que el fuego en el hierro, la sustancia del hierro permanece igual. Y en el mismo camino Dios es en el hombre, la humanidad permaneciendo humanidad, sendas sustancias así mezcladas que cada una preserva intacto su poder de obrar y propiedades naturales. Y aún, ambas constituyendo una entidad. Y esto que digo puedo afirmar pese a que los papistas desplacen mi analogía, ni por su desdén tomista, salvo por su estatuto de fe. Es su asunto probar su afirmación, el único al menos que yo pueda ser capaz de desaprobare. Por ello no escribo una defensa de los sacramentos, paso y desprecio los argumentos de los oponentes, tal como este sinsentido tomista, pero para demostrar que es nulo y hueco, de otro modo el defensor fuerza a los hombres a pensar que su argumentación oponente es invulnerable cuando practica su estúpida simulación, y como un cobarde, esquivo el tema.

La mayor, sorprendente y maravillosamente tomista, es su argumento final, el cual es digno de ser recordado, donde Lord Enrique, nuestro maestro, no da esta razón de porque el pan no puede decirse que permanece, ya que ninguna sustancia es digna de ser mezclada con esta sustancia con la que fueron creadas todas las cosas.

Aquí, lector, admire de una vez toda esta poderosa exhibición de sabiduría tomista: primero de todo, según Lord Enrique, en el sacramento la divinidad de

Cristo toma el lugar del pan, y esto empieza a ser, el pan debería dar lugar a la divinidad, a menos que semejante indigna sustancia como el pan pudiera ser mezclada con la sustancia creativa. Yo respondo, ¿qué hereje fue semejante e insana persona como la que enseña que el pan fue cambiado en la divinidad? ¿O daremos al cuerpo y la sangre de Cristo tales atribuciones que pueden ser llamadas la sustancia creativa? Veis como a que más impía locura conduce una mente sacrílega después de refugiarse en la mentira.

Bien, esta mayor ridícula clase de argumento de escuela podría merecidamente mover a Lutero, a saber: la sustancia es indigna, por tanto no puede ser mezclada con una más digna. ¡Así que la verdad en estas materias de nuestra fe depende de la dignidad o indignidad de las sustancias! Dejemos concluir entonces, por tomista autoridad, que Dios no fue un hombre, porque la sustancia humana es indigna de ser unida con la dignidad de tan grande majestad. Dejemos negar que el Santo Espíritu es derramado públicamente en los corazones de hombres de bien (por no decir nada de justificar al impío), ya que el corazón del hombre es indigno de soberana majestad del Espíritu. Esta es la sabiduría de estos seguidores de Enrique: el pan no es el cuerpo de Cristo, dado que el cuerpo de Cristo, una creativa sustancia, es demasiado digna de ser mezclada con semejante sustancia común. ¡Finalmente, habla maravillosamente! ¡Más como tomista, más como Enrique! Si la indignidad del pan no permite ser el cuerpo de Cristo, sin embargo, la dignidad de su razonamiento está más allá de todo precio, y podría permanecer y florecer en cerebros tomistas y asnos y en ninguno otra parte más.

Pero si, pregunto, la sustancia del pan es así de indigna de ser mezclada con el cuerpo, una sustancia creativa, entonces porque son los accidentes dignos de ser mezclados, no permanecen, desde que el Dios de los tomistas decreta que todo lo que respecta a la sustancia es de más poder que los accidentes,- excepto en el modo del reconocimiento, ¿lo cual es debido a una deficiencia de visión de nuestra parte? ¿Qué será lo que el Lord Enrique, el sutil defensor, dirá de esto? Sin duda ninguna otra que: esto debe ser así, yo soy un rey; y si esto no es suficiente, yo soy un tomista; por tanto eso es verdad. Todo esto significa que el tomista nada dice que no sea digno de ellos mismos. Porque así conviene a estos chanchos haberse comido su pienso, para comer el salvado y las vainas en lugar de sustancia de pan, presumir con respecto a los accidentes. Verdaderamente la palabra de Cristo es aquí hallada verdadera cuando dice: "Te daré una boca y sabiduría, las cuales tus adversarios no podrán resistir ni negar." ¡Para que veas claramente, mi lector, cuando intentan contradecirme, con que insanas mentiras esos sacrílegos papistas se hieren a sí mismos! Esto es el poder de la verdad que les hace mostrar de aquellas mentiras, quienes se difaman a sí mismos, y toman la astucia en sus propias astucias.

Tenemos por lo tanto este artículo, aunque nunca interesado con demasiada exactitud por mi antes, ahora grandemente confirmado por las aseveraciones de los papistas mismos,- que por su propias mentiras y estupideces y blasfemias,- así estamos ahora muy seguros que esto es el mero producto de este impío y

ciego balbuceo tomista concerniente a su transustanciación, y debemos confiar firmemente en la justa palabra de Dios, en la cual, por la boca de Pablo, el simple y claramente dice que el cuerpo de Cristo es pan, pan el cual nosotros partimos y comemos.

Y entonces no soy ingrato a mi maestro, Lord Enrique, ahora cambio mi vista y deseo de transustanciar mi opinión y decir: antes esto que puse debajo no fue de consecuencia en un pensamiento de hombre en un camino u otro concerniente a la transustanciación; pero ahora, teniendo visto las razonables y bellas argumentaciones del defensor de los sacramentos, yo decreto impío y blasfemo si cualquiera dice que el pan es transustancionado y católico y pío si cualquiera dice con Pablo: "El pan, que nosotros partimos, es el cuerpo de Cristo." Dejemos ser anatema quien diga otra cosa y cambie una jota o título de la Escritura, aunque él pudiera ser nuestro nuevo Lord Enrique, y un famoso tomista.

Y ahora vamos al quinto capítulo, la pieza maestra y esquina de ángulo de la defensa de Enrique, en la cual él declara que la misa es una obra y un sacrificio. Aquí al menos el Lord Enrique es el Lord Enrique, y los tomistas son los tomistas. Posiblemente el pueda haber oído de algún orador de foro de alto nivel que, si en cualquier momento uno siente la fuerza de un oponente que sea inconquistable, la primera cosa para hacer es tener un talante esquivo para burlarse de él y aunque lo desprecien, entonces el tonto oyente puede creer que el oponente ha sido conquistado por el orador antes de siquiera empezar su ataque.

En manera similar nuestro Lord rey para comenzar con alguna ampulosidad magnificente, así el puede finalmente por sí mismo cansarse de confutar al tonto e ignorante Lutero, quien niega que la misa es una obra y un sacrificio. Satán, que siente una herida, y por tanto anda inquieto en su mente y sin saber qué hacer, irritándose, burlándose con agrias palabras y despreciando.

Pero él es quien nos dio a conocer los pensamientos de Satán, nos hará reír el burlador y desprecia con satisfacción y con denuedo denuncia su impotencia y tonta grandilocuencia.

Y entonces si tomas cuenta, amenazando y con burlonas palabras, el regio defensor conquistó siete veces a Lutero. Pero al respecto de la materia misma, estos son meras bagatelas que nos dieron nuestros vecinos papistas y cuyos amigos repiten vanamente, a saber, la misa es una obra y un sacrificio; para el uso diario de muchos esto debe ser así; entonces la iglesia (esto es, la ramera de Babilonia) piensa, esto debe ser así, nuestros maestros nos enseñaron así, los Padres tienen dicho así.

Aquí vemos la locura de con la cual en esta relación la cólera del rey enfurece y grita y espumea delante que no sería muy propicio a Lutero, si sus amenazas fueran de algún valor para defender los sacramentos y fuese capaz de aterrorizar a Lutero. Pero que él pueda fortalecer la tan generalmente recibida, tan común, tan probada, añadamos, tan saludablemente y placenteramente un artículo por al menos una palabra de la sagrada Escritura, o que él pudiera

fortalecerlo con la palabra de Dios, o que él pudiera debilitar la fuerza de mis Escrituras, esto no debería ser; el uso diario no lo hace, la iglesia no piensa esto, nuestros maestros no lo enseñan, esto no fue propio de un defensor de los sacramentos.

Aunque en orden de tan ilustre defensor podría no omitir diciendo algo que le pone delante un argumento poderoso indudablemente, cual hasta ahora fue suficiente para convencer a todos que la misa es una obra y sacrificio. El argumento es como sigue: si la misa no es una buena obra, el laicado no recompensaría al clero con cualquier beneficio temporal en retorno por esto.

Permanezca asombrado, lector, ante tal real y tomista razonamiento, y como dije, indudablemente poderoso; por esto se han movido muchos hombres hasta ahora, y se mueven hoy. ¡Aquí Lutero se encuentra vencido, y quien tan diestramente lo remató como el rey de Inglaterra en este libro de su supremo golpe de razonamiento! Perdón, yo pienso, obligado a confesar que esto es así. En verdad verdadera, limitado a admitirlo, la misa es un sacrificio y una buena obra; a pesar de (como el rey nos cuenta) el laicado paga a los sacerdote dinero por esto.

De nuevo por la misma razón esto debe ser verdadero, pese a todo lo que diga Lutero, que la misa no fuera una buena obra, si el laicado no pagara su dinero por ello, y el hecho podría probarse por esto, si el laicado tuviera terminado perdiendo (yo diría pagando) su moneda por misas; y debería ser también que la misa es de cualquier dinero que decide hacerlo. ¡Justa y excelentemente fue el rey en su razonamiento! ¡El defendió la misa con un digno argumento del gran defensor!

Por lo tanto, es a través de la generosidad del laicado, y el poder de la moneda, que la misa es una obra que fue útil en el pasado para los sacerdotes. Tome noticia, lector, que este no es otro argumento para la misa que el aducido por el regio defensor excepto este único.

Juzgue ahora, quien tú seas, oh lector, ¿que yo dignamente replique a tales locos y deplorablemente pervertidos monstruos? ¿Qué ramera se atrevería tan impudicamente a alardear de su desvergüenza como su descarado rey cacarea de la avaricia e imposturas de los sacerdotes, lanzándonos como razón para su profunda fe?

Por mucho tiempo la cólera de su juicio divino nos aterrorizó, quien, por su ejemplo terrible de su ira, nos advierte, de pensar humildemente en las cosas sagradas, cuando lo vemos en semejantes castigos, no reservados para el futuro, para golpear a quienes se opongan a la sana doctrina y abierta verdad. Si no pudiera con todos mis esfuerzos hacer a este miserable rey semejante disgusto y abominable espectáculo a todo el mundo como por su propia insania el mismo se hace.

Aprendan, no haya yo, infelices papistas, movido algunas veces por nuestra propia torpeza, temer al juicio de Dios. ¿Qué haremos en el futuro si en el presente tiempo el así severamente los confunde?

No menor es la locura que siguen, cuando después de tener derramado muchas palabras desdeñosas contra mí (esto es lo que han aprendido bien de sus maestros de retórica), él finalmente protesta que no tocará aquello que sobre todo debería haber confutado, nominalmente mi principal soporte y mas fuerte argumento, en el cual probé con las palabras de Cristo que la misa es un testamento, y una promesa, y por tanto no puede ser una obra, o un sacrificio. Esto es el infeliz defensor, venciendo por la fuerza de su argumento, y desentrañando su conciencia, no solo lo ha traspasado, aunque protesta que se propone pasarlo, y dejarlo para otros.

¡Oh defensor de los sacramentos! ¡El sostén de la iglesia de Roma, doblemente tomista y el más que merecedor de las indulgencias del Papa! El pudo haber sido perdonado si hubiera dejado mi argumento en silencio; pero protesta que su propósito es traspasarlo, después de entender que yo solamente cuento enteramente con esto, y lo usa para abatir todo con sus argumentos, esto es tan ridículo y tontería, que nada podría serlo más aún.

Por consiguiente, por especial permiso del regio defensor (no me deje ser desagradecido otra vez) asevero y declaro que la misa ni es una obra, ni un sacrificio, hasta que sea tiempo que otro venga y pruebe que el testamento y promesa de Dios puedan ser tanto una obra o un sacrificio. ¿Pero cuándo vendrá? El mismo rey llanamente ve que el vendrá en las calendas griegas, luego el seguramente deja el argumento sin tocar; ya que él podría haber sido miserablemente derrotado y demolido si lo hubiese tocado.

Uno pudiera pensar que este gran rey aquí sufrió de verdad una lesión cerebral, o que algún enemigo, en orden de desgraciarlo, hubiera publicado este libro en nombre del rey. ¿Quién no ha visto tanta grandísima insania como esta? Lutero es asaltado con real balandronada, y en el mismo trabajo sus fuertes argumentos y fundamentos no solo quedan fuera de la vista, pero en abierto pronunciamiento es hecho que se le permite sostenerlos.

Después nuestro tomista Lord Enrique ha probado por su plata y oro razonando que la misa es una obra, el procede con su fuerza abatiendo las razones de Lutero, y el primero habla como un tomista en lo siguiente:

Quien corta un árbol hace un trabajo. Por tanto el que consagra hace una obra. Por lo tanto la misa es también una obra. Y si esto es una obra no es mala, por lo tanto es buena.

Entonces escribe, este glorioso defensor de los sacramentos. Aquí también Lutero yace completamente vencido. Confieso abiertamente que estoy aplastado por la inmensidad de la fatuidad tomista, y pugno por hablar en algo semejante a una voz quebrada miserable de poder entenderme. Digo entonces: la misa es recibida en dos caminos, un modo es como Enrique y los tomistas lo reciben. En esta forma, como ves en el libro del rey, la misa es la misma cosa tanto al ser consagrada, o bajo las palabras de la consagración. Pero aún ni la insipidez de los tomistas puede negar que nosotros también hagamos la obra, tanto como que aquí niego que nuestro maestro Enrique se haya anotado un punto.

Pero esta es una nueva definición de la misa, y esta es una nueva analogía, y ni por fiebre ni por frenesí podría yo mismo enseñar de la misa en semejante camino. Me maravillo que nuestros dignos tomistas no tengan consolidado este entretenido argumento con otros cinco o seis argumentos. Si por esto de consagrar es la misa, así también es para gritar, para cantar, para usar incienso, para prender velas, para lavar la copa, para elevar la ostia, quizás igual para estornudar y toser. ¿Y qué es esto por el sabio gobierno de Enrique que no se pueda llamar misa?

Y aún, concedemos a su nuevo inventor de palabras y cosas que él pueda llamar la cabeza de asno, o de cerdo, a la misa. ¿Para lo que importa que se llame lo que queráis con palabras y cosas acordes con el entendimiento de Aristóteles ya sea que permanezca o caiga como le plazca?

Así hacemos esta confesión: la misa es una obra, y nos unimos al coro en esta alabanza, y somos perdonados por nuestro error atroz de no saber que el rey de Inglaterra llamara a la misa una obra. Sabíamos, podríamos no haber restado el aprendizaje por el que podremos evadirnos de nuestro error, y haber hecho innecesario este gran libro.

Pese a que será perturbado mucho más el defensor y los seguidores del argumento de que la misa no será una buena obra, a menos que el consagrante sea un buen hombre. Ya que un hombre malvado hace una obra malvada consagrandolo, esto dice, celebrando misa, de acuerdo a lo que el rey dice. Por tanto no sería legal que un sacerdote consagrara, ni, aun si él no pudiera consagrar, requerimos que la misa sea una buena obra. Y entonces al mismo tiempo perecerá esta magnífica pieza de teología, por el que es decretado que la misa, inclusive dada por un mal sacerdote, es siempre una buena obra por virtud de la buena obra hecha, aunque no por virtud del único que lo hace. Nuestro Lord Enrique considera en la misa que la obra suya es la que hace el trabajo, y no meramente la obra realizada. Pero quizás el rey este demasiado ocupado en otras direcciones en las que este aprendiendo o recurriendo a la memoria sobre que teología enseña concerniente a la obra hecha, y al único que hace la obra. En este camino los enemigos de la verdad merecen ser confundidos y hacer uno tras otro ridículo, como un premio a sus blasfemias.

Después otra idea de la misa es verdadera y propiamente, como nosotros la instituímos, una palabra de promesa con la señal sumada al pan y al vino. Pues si todo lo demás falla, tú solo debes creer estas palabras de Cristo: *Esto es mi cuerpo, el cual es dado por ti*, ciertamente aquí tienes toda la misa.

Y si entonces recibes la señal con fe, tú has recibido el uso y fruto de la misa. Por tanto, esto es lo más claro que la misa no es nada de nuestra obra, o nuestra palabra, sino solo de Cristo; quien no solo dio la palabra de promesa, sino también sus señales en el pan y el vino, y estos usos no se pueden ofrecer ni obrando ni recibiendo o tomando.

¿Pero cómo podría el infeliz defensor de estas cosas que establecimos, viendo que no sabe de su propia doctrina concerniente a la obra hecha (de opere operato)⁹ y, mientras nos ataca horriblemente confundido consigo mismo?

Luego, en orden de defender la misa como un sacrificio, habla como un tomista: dejémosle otorgándole que la misa es una promesa, por lo tanto no sigue que no sea a la vez un sacrificio, desde que en la vieja ley fueron tanto sacrificios como promesas.

Respondo a esta afirmación tomista que el rey debería producir al menos un ejemplo. Pero ahora, de acuerdo a la costumbre, piensa que es suficiente si meramente establece que en la vieja ley los sacrificios fueron promesas, y entonces rápidamente luego declara que debe ser así. Pero un tal impertérrito defensor (como me parece) podría tener un vocabulario en cual primero de todo el podría aprender cual es el significado de ambos: sacrificio y promesa. Si promesa es una palabra, sacrificio es una cosa, entonces cualquier niño de tierna edad entiende que es imposible a una promesa ser un sacrificio, para una palabra pasar a ser una cosa. Oh miserable de mí, obligado a gastar mi tiempo con semejante monstruo ignorante, indigno de contender con un hombre entendido y docto.

Por lo tanto es un error manifiesto decir que el Antiguo Testamento los sacrificios son promesas, a menos que el regio defensor quiera usar una figura tomista de lenguaje y decir que los sacrificios son promesas, esto significando que pudieran ser completados en Cristo. Pero nosotros en la misa podemos llamar a estas palabras de Cristo una promesa, sin la cual ni el pan ni el vino fueran una señal, ni un sacramento, ni la misa. Aunque para estos sacrificios, ofrecidos en fe, las promesas fueron obtenidas de otra manera. No argumentamos aquí cualquier otra cosa concerniente al fruto, o al significado, de los sacrificios, pero de la cosa misma, que podemos saber que es un sacrificio y que no lo es.

Qué clase de maravilla de los predicadores es el Lord Enrique entre los que tengo escuchado, ya que escribí que nada es nunca dicho en sermones concerniendo a esas promesas, como él mismo oyó, igualmente en el punto de la dignidad, sermones sobre los testamentos, las promesas, los testigos, etc.

Respondo: me asombro que la cabeza del rey es tan densa, y su locura tan grande, que él, quien ha escuchado tales famosos sermones, aún podría haber sabido nada de ellos (ni tampoco vieron que la palabra de Dios no puede ser obra nuestra, o sacrificio), pese a que pudiera ser perorata sin fin por lo contrario. Pues si hubo alguna chispa de razón humana viva en él, no podría negar que la señal de Dios es verdaderamente la obra de Dios en nosotros. Como quieras que el sacrificio y promesas de Dios son la palabra de Dios, y no nuestra obra.

Y entonces este rey de la mentira, quien en este lugar escribe que ha escuchado hasta el cansancio de los testamentos y promesas de esa clase, hechas graznidos concernientes al sacramento de las sagradas órdenes, y declara que en toda la cena de Cristo no hay promesa, sino solo desgraciadas contradicciones, pero ruge contra la cena del Señor con una impúdica mentira. Así la furia y la locura manejan precipitadamente a los papistas, los que en verdad no tienen conocimiento de lo que instituyen, o de lo que se contradicen.

El además se atreve a aseverar que es manifiesto que los sacerdotes solamente alborotan sobre lo que hizo Cristo en la cena, cuando lo importante es lo que él hizo en la cruz.

Respondo: desde que el Lord Enrique solo dice esto, y no lo prueba, digo lo contrario: esto manifiesta que los sacerdotes omiten en la misa lo que Cristo hizo en la cena, y lo que los judíos le hicieron en la cruz. Ni digo solo esto, pero algo pruebo. Pero quien pervierte y extingue la palabra de Dios, el verdaderamente crucifica al hijo de Dios, lo cual hacen todos los que hacen una obra de una promesa, ya que es en efecto cambiar la verdad de Dios en una mentira.

Después él me asalta con el canon de la misa, en el cual la misa es llamada un sacrificio, por autoridad de lo cual desea haberme confinado, por haber utilizado esta formas de palabras. Por estas palabras *tan a menudo como hacéis esto*, etc. no se encuentran, el nos cuenta, en el Evangelio, pero si las palabras *hagan esto*. Y otras palabras son halladas también en Pablo.

Vemos aquí al infeliz Satán como se arrastra, como se menea, como intenta subterfugios, pero en vano, no podrá escapar. Tengo rechazado y rechazo el canon porque es abiertamente contra el Evangelio, y da nombres de sacrificios a lo que son señales de Dios sumados a su promesas, y nos son dados para que los recibamos, y no que se los ofrezcamos.

Pese a lo que el rey vio, en el Evangelio no hallamos las palabras, *tan a menudo como hacéis esto*, ¿qué niño no ve que esta es una falta de gramática en nuestro gran defensor? ¿Como si esto fuera necesario, que los escritores del Evangelio debieran acordar en toda sílaba y deberían establecer que forma de sacramento, la cual los papistas nos han establecido tan inmutablemente y vinculante, que ellos hacen a un hombre culpable de pecado mortal y lo llevan al infierno si omite una pequeña palabra por ser tales como Rhadamanthus y Aeacus!¹⁰ En esta locura van los asesinos de la libertad de conciencia.

Por lo tanto, por testimonio de los gramáticos, y el común sentido de la humanidad, digo que es la misma cosa la cual los escritores del Evangelio dijeron concerniente a la Cena, aunque ellos difieren en unas pocas palabras, y que *Hagan esto* es lo mismo que *tan a menudo como hacéis esto*. Y yo creo que el Espíritu Santo, por una singular provisión, tomó la precaución de que los evangelistas pudieran describir la misma cosa con pocas diferencias, y pudieran pecar del pecado imperdonable contra la forma papista de los sacramentos, de modo que El poderoso nos pudo preservar de la futura superstición y tiranía de hombres malvados. No es un hombre el que hace menos verdadera la consagración, usando la forma de Lucas, Marcos. Mateo o Pablo, que quien use la forma de este impío y falso canon.

Pese a que tengo escrito que un sacrificio y una misa son contrarios, desde que un sacrificio es ofrecido y una misa es recibida, en esta cuestión las atrevidas provocaciones de Lord Enrique llama a Lutero hacia la Biblia, diciendo: ¿donde se puede encontrar en cualquier lugar del Antiguo Testamento algún sacrificio que no fuera al mismo tiempo ofrecido y recibido? Claramente aquí, así él se

jacta, el primer argumento de Lutero se descompone, y el glorioso defensor triunfa.

Yo respondo: este no es mi principal argumento, pero el Lord Enrique, en su bondad tomista, sino la dada anteriormente, a saber, que la misa es un testamento y una promesa. Este, digo, es mi principal argumento.

¡Pero debo hacer una sugerencia al rey triunfante! Si el Lord Enrique tuviera una sola vez abierta su Biblia y la mirara, y aún, si el recordara el salmo 51, el cual leyó alguna vez de niño (si es un cristiano), el no se habría jactado de su triunfo tomista desde que el pudo leer aquí de la ofrenda quemada, del cual en el Antiguo Testamento no hay más grande e ilustre sacrificio. Esto fue claramente ofrecido del todo a Dios solo, nada fue tomado.

Pero si mi rey tuviese al menos sentido común, podría dar vuelta la cuestión del triunfo contra él, y podría decir, ¿dónde en el Antiguo Testamento algún sacrificio fue recibido sin ser enteramente ofrecido? ¿Aquí haremos algo dentro del sacrificio concediendo los hombros y pecho y otras partes a los sacerdotes por su uso? ¿O el equivocado y burlado rey llamará a esto una ofrenda traída de la tierra por el pueblo y los sacerdotes y presentada ante el Señor? Puesto que traer es la misma cosa que ofrendar, de acuerdo a Lord Enrique.

¿Pero que hace este asunto a mí con esta bagatela imaginada? Para mí es suficiente que en el Antiguo Testamento este escrito: cualquiera sea lo ofrecido a Dios era totalmente consumido. Que no fuera quemado sino que fuese dado parcialmente a los sacerdotes y parte al pueblo, fuera no ofrendado, siendo separado de lo que fue ofrecido y siendo comido; para la Biblia de nuestro Lord Enrique lo dice así. Pero nuestras propias Biblias están llenas de tales sacrificios. ¿Pero que tienen que hacer estas cosas sacras con los profanos papistas? Por tanto en la copa de la ramera de Babilonia esto no es un sacrificio meramente ofrecido, para la Biblia de nuestro Lord Enrique así resulta también. Pero nuestras propias Biblias son llenas de semejantes sacrificios.

Finalmente brinda dichos de los Padres estableciendo el sacrificio de la misa, y ríe de la locura, clamando saber él solo más que los otros, lo cual es lo más tonto, etc.

Y aquí yo digo que este argumento suyo confirma mi opinión; al ser esto lo que dije, los asnos tomistas no tienen nada que poner adelante salvo el número de hombres y la antigüedad de su uso, y entonces dicen a uno que pone delate las Escrituras: ¿Eres tú más sabios de todos? ¿Tú solo sabes? Y entonces, esto debe ser así. Pero para mí, el más tonto de todos los hombres, esto es suficiente, que el muy sabio Enrique puede producir ninguna Escritura contra mí, ni puede confutar aquello que brindo contra él. Entonces es forzado agradecer a sus Padres que frecuentemente han errado, y cuyos antiguos usos no hacen un artículo de fe, y que no es dable confiar en ellos,- pero solamente es así en la iglesia de esta multitud, de la cual él es el defensor con sus indulgencias.

Pese a que yo estoy contra los dichos de los Padres, de hombres, de ángeles, ni lugares de demonios ni de usos antiguos, ni multitudes de hombres, pero a favor de la palabra del único de eterna majestad, el Evangelio, el cual los puede

forzar a aprobar, y en el cual la misa es dicha claramente ser un signo y testamento de Dios, aquí él nos promete su gracia, confirmando esto con una señal. Esto es obra y palabra de Dios, no nuestra. Aquí estoy, aquí me siento, aquí permanezco, aquí mi gloria, aquí triunfo y aquí me río de los papistas, tomistas, Enríques, sofistas y todas las puertas del infierno, de ningún modo, en los dichos de los hombres, así sean santos, y de sus falaces costumbres.

La palabra de Dios está sobre todo. La divina majestad no me hace cuidarme de todo aunque mil Agustín, mil Cipriano, o mil de la iglesia de Enrique pudieran pararse frente a mí. Dios no puede errar, o ser engañado. Agustín y Cipriano y todos los elegidos pudieron errar, y tuvieron errores. Respóndame ahora, Lord Enrique. Sea un hombre ahora, defensor. Escriba libros ahora. Tus maldiciones nada son. Débiles acusaciones sin efecto. Tus mentiras desprecio. Tus amenazas no me asustan. Porque eres tan estúpido en este pasaje como un adoquín, y en el otro arte nada más que palabras.

Lo más desgraciado es para tan gran rey escribir tan gran libro y negarse a tocar mi principal tema. Ni pudo haber encontrado alguno que se atreviera a tocarlo, no importa como lo llevara adelante. Huyen por siete caminos hacia atrás, quien venga por el mismo camino atacando con poderosa vehemencia y gritando triunfante. Es extraño como ellos quieren dañarme en esta ocasión, y como terrible espectro soy en sus ojos. Pero ninguno actuó con mayor imprudencia que este Enrique, quien desea derrocar a Lutero, pero protesta que no podrá tocar este fuerte argumento.

Aunque ni siento, ni debo sentir, gracias por semejantes bondades, ni dejarles cólera y furia podridas, si él pudiera dañar y hacerlo así.

El furor con el que me ataca, porque enseñó que la fe sin obras es la mejor preparación para el sacramento, y que los cristianos no son obligados a recibirlo, lo desprecian totalmente. Estas son las palabras de un hombre, quienes piensan que los hombres son hechos buenos a la vista de Dios por leyes, conociendo menos sobre lo que la fe y obras significan, y lo que las leyes obran en la conciencia de malos hombres, más que en algún insensato pedazo de madera. Para él no pertenece al acervo papista saber de estas cosas, pese, como Pedro y Judas dicen, solo pronuncian blasfemias. Para que las conciencias tomen cuidado no por leyes sino por gracia sola, pero por leyes, especialmente leyes humanas, las conciencias son puestas miserablemente fuera de comisión.

Pero al final de este pasaje vale la pena ver cuán ansiosamente él trabaja para establecer las tradiciones de hombres como necesarias, contra mi opinión, en lo cual establecí que nada debería ser estatuido fuera de las Escrituras, esto debería ser dejado libre y no hacer una cosa de necesidad, desde que por Cristo somos señores incluso del sábado. Y por consiguiente primero que todo el rey argumenta como sigue: si nada debe ser observado excepto que esté bajo las Escrituras, desde que no está registrado que el sacramento fuera tomado por Cristo, de esto se sigue que ni puede el sacerdote tomar el sacramento. Apoyándose en esta hipótesis tomista, el formula este silogismo contra mí: los sacerdotes toman el sacramento por necesidad, y si el Evangelio no lo registra,

por tanto otras cosas no registradas en el Evangelio son observadas por necesidad.

A esta conclusión tomista arriba por la regla de las consecuencias, muy familiar para ellos, la cual es llamada principio de la cuestión. El rey debe primero probar que en orden de evitar un pecado mortal el sacerdote debería tomar el sacramento. Yo tengo esto como libre de ser tomado, o no tomado, por el sacerdote. Esto es realizado necesario solo por las tradiciones de los hombres y la costumbre de la multitud. Y así el rey tomista muy convenientemente prueba tradiciones de los hombres por tradiciones, prueba negación por negación; dado que en cosas semejantes, y no en algunas otras pruebas, el defensor de los sacramentos y toda la iglesia de Enrique se obligada a depender. En segundo lugar el argumenta como sigue: Cristo consagró el sacramento, no los apóstoles. Por tanto, no es legal por los apóstoles, o sacerdotes, consagrar, porque no es permitido establecer, o hacer, nada excepto que se encuentre en las Escrituras.

Si el infeliz Lutero desea esquivar el tema de discusión, y dice, Cristo mandó a los apóstoles consagrar cuando él dijo, "Hagan esto", entonces mi cruel Lord Enrique llega ante mí y dice: "Pero él dijo de recibir, no de consagrar."

¡Oh, salvador Cristo, que inaudita ceguera y locura tiene este hombre! Si ahora pregunto: ¿Lord Enrique, en que gramática tu señorío tomó lecciones? ¿Qué vocabulario te dijo que no se trataba de la misma cosa? El responderá, esto debe ser así, dado que los nombres están así dispuestos. Pero enviando lejos a este cerdo debemos decir: Cristo fijó la costumbre de tomarlo cuando él dijo: "Toma y come", como las verdaderas palabras claramente testifican, no necesariamente como a Enrique y sus cuadrado seguidores, pese a que lo ve cada simple niño o idiota. Cristo instituyó el deber de consagrar, cuando él dijo "Hagan esto." Hacerlo es imitar todo lo que él mismo entonces hizo.

¿Y que podríamos decir a estos sacrílegos monstruos, que muestran por tales argumentos como tienen escrito por odio impotente, así que nada más tonto y sinsentido puede ser imaginado? Si este argumento del impertérrito rey tuvo algún valor, entonces hará legal seguir a Cristo en nada. Por supuesto que Cristo no instituyó los sacramentos (lo cual es imposible), a pesar de eso, el mostro un ejemplo de consagración; y queriendo que sea registrado en la Escritura, excepto que nuestro rey contendrá que nosotros ni deberíamos orar, ni bendecir, ni sufrir, ya que propiamente de nuestras plegarias, obras y sufrimientos estuviesen escritos en la Escritura ni una palabra.

Por lo tanto dejemos cambiar nuestro lápiz al principal y caudillo principal de su perfidia, el cual es un dicho de Agustín: "Yo no podría creer el Evangelio a menos que la autoridad de la iglesia me moviera así a hacerlo". Estas palabras son sacrílegamente tan retorcidas y cambiadas que la iglesia (esto es, la ramera romana, quien ni es iglesia ni cristiana excepto de nombre) les atribuye el derecho de hacer leyes.

El Lord Enrique suma a esto que él igual me urge por la autoridad de esos mismos dichos, citando mis propias palabras, donde digo: "De la iglesia es el derecho de juzgar todos los dogmas". Veo que esta ignorante real cabeza no

necesita de nada más que de una gema alrededor de su cuello inscripto con un vocabulario, o con una corta lista de palabras, que él pueda empezar a donde los niños comienzan y aprenda sus partes del discurso, a menos que lo que hace es mera maldad tomista, forzando todas las palabras en el sentido de todas las demás cosas, así aquí el derecho de juzgar leyes viene a ser la misma cosa como el derecho de establecer, o hacer leyes.

Brevemente, incluso si Agustín pueda haber aseverado en ronda de palabras que cualquiera en la iglesia tuvo el derecho de hacer leyes, ¿quién es Agustín? ¿Quién nos obliga a creerle? ¿Por cuál autoridad su palabra es un artículo de fe? Confieso que sus dichos han venido a ser noticia para mí, pero no son seguramente suficientes, ni firmados resultan suficientes.

El derecho de hacer leyes debe ser probado por un dicho de Dios, no de los hombres.

Pese a que ahora no simplemente viciaron los dichos de Agustín. Ya que él habla de la iglesia en modo disperso a lo largo del mundo; cuyo derecho es de juzgar concerniente a dogmas, pero estos lo atribuyen este derecho al Papa, a quien ellos mismos confiesan como un miembro del diablo demasiado a menudo, y errando. Y no solo así le dan el derecho y el permiso de juzgar, pero además el derecho y permiso de construir. Por esta razón es necesario que pudiéramos aquí hacer algo simple para este ignorante sofista, que es la diferencia entre ley de juzgar, o aprobar, y la ley de construir, o comandar.

Para saber y juzgar concerniente a la doctrina tocante a todos los hombres, incluso al cristiano individual; y de tal pertenece, deberán ser anatema quienes injurien ese derecho, inclusive en lo mínimo particular. Cristo mismo instituyó este derecho por varios dichos invencibles diciendo, tales como (Mt 7): “Cuidado con los falsos profetas, quienes vienen vestidos de ovejas.” Estos dichos hablan a la gente contra sus maestros, y nos manda a evitar a estos falsos maestros. ¿Pero cómo podremos evitarlos a menos que podamos conocerlos? ¿Y cómo los conoceremos a menos que tengan el derecho de juzgar? Y aquí Cristo ha establecido no solo el derecho, sino el mandamiento de juzgar, así que está sola autoridad puede ser suficiente contra las opiniones de todos los Padres, de todos los concilios, y de todas las escuelas, las cuales se reservan el derecho de juzgar y discernir como solo sean ejercidos por obispos y ministros, tomándolo impía y sacrílegamente lejos del pueblo, que es de la reina de la iglesia que le pertenece. Por esto Cristo permanece diciendo: “Cuidado de los falsos profetas.”

Con esto acuerdan casi todos los profetas. ¿Por qué los profetas exceptúan cuando cuidan al pueblo de no creer a los falsos profetas? ¿Y qué es esta advertencia sino una declaración y confirmación al pueblo teniendo el derecho de juzgar y discernir, poniendo en mente su propia obra y revolviendo encima de ellos contra las doctrinas de todos los sacerdotes y maestros?

Por lo tanto, concluimos aquí que muchas veces como Moisés, Josué, David y todos los profetas en el Antiguo Testamento llaman y amonestan al pueblo, tantas veces gritan, mandan, afirman y discuten del derecho del pueblo a

discernir y juzgar todos los dogmas de esos maestros. Y esto así hacen en un infinito número de lugares. Como este nuestro Enrique, o cualquier otro impuro tomista, ¿nada para ladrar contra este argumento? ¿Si no hemos detenido las bocas que hablan inicualemente?

Dejemos ir al Nuevo Testamento, Cristo dice (Jn 10): “Mis ovejas escuchan mi voz, y no escuchan la voz de los extraños, sino que huyen de ellos.” ¿El aquí no establece jueces de ovejas, y les da al oír el derecho de discernimiento. Y Pablo, cuando (1Co 14) dice dejen que uno hable, dejen que los otros juzguen; porque nada es revelado a uno que está sentado, que el que preside mantenga la paz, ¿él aquí no desea que el juicio debe recaer en el oyente? Si Cristo (Mt 24 y dondequiera) dice en su enseñanza nada de falsos maestros, y Pedro y Pablo de falsos apóstoles, quienes son maestros, y Juan prueba los espíritus, de esto se sigue que la autoridad de juzgar, probar y condenar mentiras es del pueblo, contra estas áridas mentiras así justamente. Para cualquier hombre, en su propio riesgo, puede creer ambos correcto o equivocadamente; y cada uno debe tomar cuidado, en su propia conducta, lo que el crea justamente. Así incluso en el sentido común, y en la necesidad de la salvación, argumentando la necesidad de que el que escucha tenga el juicio. De otro modo esto podría ser inútil decir, probar todas las cosas, tomar rápido lo que es bueno. Y de nuevo: el hombre espiritual juzga todas las cosas, y no es juzgado por un hombre. Y dondequiera un cristiano es espiritual teniendo el espíritu de Cristo. Todas las cosas son tuyas, Pablo dijo, sea Apolos, o Pablo, o Cefas, esto es lo que dice. Tenéis el derecho de juzgar los dichos y hechos de todos los hombres.

Ahora mira que espirituales fueron estos sacrílegos y abominables concilios, contra los cuales hay tantas claras fulminaciones de las Escrituras, y tales opiniones incontrovertibles, atreviéndose a arrogarse a ellos mismos como obispos el derecho de juzgar y discernir, y sobre todo, de mandar y edificar. Sin duda son de Satán que vienen estos propósitos, dondequiera ha inundado el mundo con las obras del error, y puesto una abominación en el lugar sagrado; y esto ha hecho con indisputable tiranía después de haber tomado del pueblo su autoridad como jueces, a cuales falsos maestros fueron obligados a temer. Para estos el camino les fue dejado abierto, a través de la imperturbable y supersticiosa obediencia de la gente, atropellada con todos los errores y abominaciones.

Y aquí no me olvido de mi Enrique, y los sofistas, quien depende para su fe de la antigüedad y números de hombres. En primer lugar no puede negar que esta tiranía que tomó estos derechos por lo menos hace más de mil años. Para el concilio de Nicea mismo, el mejor de todos los concilios, incluso entonces empezaron a hacer leyes y clamaron que poseían el derecho para ellos mismos. Y desde aquel tiempo hasta el presente, ha sido por la fuerza, así que nada es más digno de ser recibido, ni nada puede ser firmemente probado en la teoría de números y duración que esta usurpación. Tanto es así, que hoy nadie cree que sea sano, derecho y divino. Sin embargo tú ves como esta cosa es sacrilegio e impiedad contra las claras e invencibles Escrituras de Dios.

Si dondequiera semejante error, y semejante sacrilegio, tales como la duración temporal reinó entre gran número de hombres quienes ya habían consentido, o seducidos, o aprobaron, y reinaron contra la verdad de Dios, yo deseo aquí de una vez por todas, que, como consideran los sofistas y papistas, su principal argumento de duración y números deberían pisotearse en el polvo, y su bocas tapadas, que estos vean porque Dios quiere que no creamos en ninguna criatura, sea cual sea su continuidad, o numerosidad, o lo estupendo que sea, sino solo en su infalible palabra.

Tenemos establecido que más allá de toda controversia que el derecho de discernir y juzgar doctrinas, o de aprobar maestros, está en nuestro poder, y no en poder de los concilios, u obispos, o Padres, o doctores. Pero de esto no sigue que al mismo tiempo tenemos el derecho de hacer leyes, ya que esto le pertenece a Dios solo. Nuestro deber es reconocer su ley (y su palabra), aprobarla, juzgar y separar de todas otras leyes; aunque no deseando hacer más leyes y mandatos. Ni de esto se sigue que de los dichos de Cristo sobre el cuidado de los falsos profetas que por tanto todos debemos profetizar. Ni como Pedro dice: “Ninguna profecía viene por voluntad de hombre, y ninguna escritura viene por un origen privado, pero santos hombres de Dios hablaron por inspiración del Santo Espíritu.” Y entonces de esto no sigue: mis ovejas escuchan mi voz, por tanto, mis ovejas construyen y hacen mi voz; ni por el contrario, esto sigue: yo hago mi voz; mis ovejas lo reconocen como mía, la aprueban, y la siguen.

Donde quiera vemos por esto que todos los obispos, todos los concilios, todas las escuelas, quienes enseñan cualquier cosa en la iglesia al lado de la palabra del solo Dios, son lobos, ministros de Satán, y falsos profetas. Al mismo tiempo percibimos la remarcable ignorancia de nuestro Enrique, y de todos los tomistas, quienes abren sus bocas impúdicas contra el cielo, y osa decir en su sacrilego libro: “Aunque el sacramento de las sacras órdenes no fuese instituido en las Escrituras, con todo la iglesia tuvo el derecho de instituirlo”.

Y como tontamente él ha aplicado los dichos de Agustín, los que dijo concerniente al Evangelio siendo sabido y aprobado por la iglesia a los largo del mundo, al derecho de los hombres impíos de establecer tradiciones de su propia libre voluntad. Este es su camino de entendimiento de los dichos de los Padres y de la Escritura. Quien escribió estas defensas de los sacramentos, cuya creencia es que los números y duración tienen el poder de hacer artículos de fe, y quien es tan aburrido y estúpido que no ve diferencia entre discernir y mandar.

Pero aquí estos dirán: ¿si el derecho de juzgar y probar toca a simples individuos, cuál será el límite si los jueces disienten, y cada uno juzga después su propia decisión? Dondequiera este es necesario que aquí sean uno, con cuyo juicio el resto pueda permanecer contento, así la unidad de la iglesia puede ser preservada.

Replico: esta cavilación se adapta tan bien como ninguno de los tomistas. Y también pregunto: ¿Cuál es el límite hoy, cuando todos descansan en el juicio

de un Papa? ¿Adónde es preservada ahora la unidad? ¿Y es esto preservar la unidad, ser unidos externamente bajo el nombre del Papa? ¿Dónde está la unidad de corazones? ¿Quién está seguro en su conciencia de que el Papa decide justamente?

A menos que lo sea ciertamente, esto no es unidad. Por tanto bajo el Papa, esto es por cierto una demostración de unidad, pero por dentro es nada más que una choza de Babilonia de confusión, ni piedra sobre otra piedra, ni un corazón acordando con otro corazón. Por eso ves como Cristo ha establecido (Jn 6): “Todos serán enseñados por Dios.” Cada hombre que haya escuchado de parte de mi padre, vendrá a mí.” Solo el Espíritu en los hombres los hace habitar juntos en una casa; él les enseña a pensar la misma cosa, a aprobar la misma cosa, a juzgar en la misma forma a saber la misma cosa, para enseñar por igual, a la misma confesión, y a seguir después lo mismo. Donde este espíritu no está, es imposible que haya alguna unidad. Y cuando si alguna unidad pudiera existir, sería externa y fingida unidad.

Por lo tanto Dios no toma cuidado si el malvado hombre es único, o ni uno, viendo que son sin la unidad del espíritu. Para sus hijos esto es suficiente para la unidad exterior de un bautismo, y un pan, como siendo marcas comunes y símbolos por el que profesan y ejercen su unidad de fe y espíritu. La iglesia de los papistas ubica esta unidad en la unidad de su superficial ídolo el Papa, mientras interiormente es rota por una vasta confusión de errores en orden a cumplir toda la voluntad de Satán.

Debemos retornar a la institución. Luego hemos tomado distancia de la misa, y decimos en triunfo contra el defensor de los sacramentos, que no es una obra ni un sacrificio, aunque una palabra y una señal de divina gracia, la cual Cristo usa para esta establecer y fortalecer la fe en él mismo. Y vemos cuan tontamente es Satán, desde que tanto y tan fieramente el ruge contra nosotros y escribe contra nuestra, el más sinsentido e infatuado de sus delirios. Por este libro del rey, tal como es de lo mejor de la latinidad entre todos los libros que se han escrito contra mí, así está por arriba de todos los otros al ser de los más cuadrado y estúpido, tanto que podría por poco atribuirlo a nuestros escritores en Leipzig, quienes son ganadores en su balbucear cuando su balbuceo es el mejor.

Habiendo triunfado sobre la misa, pienso que hemos triunfado sobre todo el papado. Por sobre la misa como sobre la roca en que se edifica todo el papado con sus monasterios, sus obispados, sus colegios, sus altares, sus ministerios, sus doctrinas, y se apoyan en esta con todo su peso. Y todas estas cosas deberán caer con la sacrílega y abominable misa. Así Cristo a través mío ha desenmascarado la abominación erigida en el lugar santo, y la destruye, cuya venida fue a través de la operación de Satán con todas clases de maravillas y milagros mentirosos.

¡Oh que miserable defensor de la iglesia papista! ¡Oh miserable iglesia que en vano han vertido sus indulgencias para tan gran libro, excepto que un digno

galardón sean dados ambos al defensor y a su libro! Como son las indulgencias, así es la iglesia, así es el defensor, y así es el libro también.

Estas cosas que he dicho son suficientes para la defensa del principal argumento, manejando el cual el Lord Enrique grandemente trabajó con sus aseveraciones, como uno que no ignora que ponen en esto la cosa esencial por la preservación del reino papal. Las cosas que permanecieron sin decir me obligo a diferir, siendo sobrepasado con muchas obligaciones, especialmente con las traducciones de los libros de la Biblia, más necesario trabajo, no sea que yo mismo pudiese promover el fin de Satán por tener demasiado celo en refutarle; Satán por ese libro sinsentido piensa obstaculizarme, pero eso no sucederá.

Ni podría ser de algún gran valor confundir al imperturbable tomista en sus otros seis sacramentos, desde que no producen una respuesta digna de réplica en todo lo que han escrito de los seis sacramentos excepto que una cosa que ponen delante concerniendo al sacramento de las sagradas órdenes, cuando Pablo ordena a Tito que ordene ancianos en todas las iglesias, proveyendo de estos pasajes que él deseaba instituir el sacramento de las órdenes. Pero la bagatela tomista nada ve que yo pueda decir, ni que pueda replicarme.

Tengo dicho que niego que otorgar las órdenes sea un sacramento, esto es, una promesa sumada con una señal de gracia, tal como en el bautismo y el pan. No niego, ni he aseverado que esto sea un llamado y una institución al ministerio y la predicación; tanto sea hecho por la autoridad de un simple apóstol, o por la autoridad de un solo obispo, o por la autoridad del pueblo elegido y acordado, esto nada importa. Aunque esto podría aparecer que esto sea hecho más justamente por elección y consentimiento del pueblo, en la manera en que los apóstoles (Hch 6) instituyeron siete diáconos. Para cuando Pablo manda a Tito que ordene ancianos, de esto no se sigue otra cosa que Tito lo haga por su propia autoridad; aunque esto pudo ser después del ejemplo de los apóstoles que él los instituyó por los votos del pueblo. De otro modo las palabras del apóstol Pablo estarían en conflicto con el ejemplo de los otros apóstoles.

Pese a lo que él alega concerniente a que la imposición de manos sea ordenación, cualquier niño ve que esto no tiene nada que hacer con el sacramento de las órdenes. Después la costumbre de los papistas hizo con la Escritura lo que les parece bien.

La imposición de manos, de acuerdo a lo que él dice, fue la visible donación del Santo Espíritu.

¿Y qué podremos decir? El no ha querido entender el significado de la palabra sacramento, la cual él muestra llanamente cuando maneja el pasaje de Pablo (Ef 5) concerniente al matrimonio, en el cual Pablo se refiere a Cristo y la iglesia, diciendo, "Esto es un gran sacramento, pero yo hablo de Cristo y la iglesia." 11 Para la Escritura no es permitido que el matrimonio sea llamado un sacramento, desde que la palabra sacramento por su empleo general en las Escrituras significa un secreto y una cosa oculta, la cual puede ser aprehendida por fe sola. Pero el matrimonio no es semejante a una cosa escondida, no es

percibido por la fe sola, viendo que es realizado abiertamente y ante los ojos de los hombres, sino esto no puede ser un matrimonio.

Porque matrimonio es la externa unión de un hombre y una mujer juntos, confirmado por profesión pública, y por un intercambio de votos.

Pese a que no maravilla que los asnos tomistas sean tan ridículos; Dios no ha querido que puedan mostrar ni un signo de sanidad, ni inclusive buen pensar.

Aunque estoy rendido a la costumbre común, que llama a estas cosas sacramentos los cuales son más bien son signos visibles, a la vez niego que se los llame sacramentos en las Escrituras.

La suma del asunto es este: todo el libro de Enrique se basa en palabras de hombres, y en el uso de centurias, y no en palabras de Dios, ni en ningún uso del Espíritu, como el mismo es compelido a confesar.

Por el contrario, la suma de mi argumento es que considerando las palabras de hombres, y el uso de centurias, pueden ser tolerados y afirmados, siempre que no tengan conflicto con las sacras Escrituras, sin embargo ellos no hacen artículos de fe, no algo de necesaria observancia. Si por tanto el rey Enrique, yo en conjunto con todo el poder y enseñanza de tomistas, papistas, demonios y hombres, pueden demostrar que la observancia de palabras humanas sea necesaria, entonces Lutero es derrocado, y esto por su propio veredicto y confesión. Por entonces, después de todo lo que tengo dicho, debería tomar como artículos de fe cualquiera que los tomistas elijan u ordenen. Pero si Enrique no muestra esto, entonces Lutero es victorioso. ¿Pero eso es lo que ellos quieren? Ni aunque fueran a escribir mil libros contra mí, nunca podrán librarse de mí.

Dado que yo no pregunto sobre qué Ambrosio, Agustín, o los concilios, y el uso de centurias digan; ni preciso que el rey Enrique me enseñe de esas cosas; las conozco tan bien que si alguna vez antes las atacué, donde la locura de Satán se ha maravillado con ello, el cual me ataca con aquello con lo que alguna vez me atacó, y constantemente nos lleva a la cuestión. Yo no lo confieso, disputo lo que alguna vez dijo algún hombre, o lo mucho que dijo; que alguna vez escribiese, o no escribiera; pero argumento si esto dice, o escribe, sea necesario de ser observado, si es un artículo de fe, si es equivalente con la palabra de Dios, si esto venda la conciencia. Pongo la cuestión: ¿esto es para libertad o cautividad? Yo peleo por la libertad; el rey pelea por la cautividad. Yo tengo demostrada la razonabilidad de la libertad. El rey omite su razonamiento por la cautividad, y meramente balbucea en lo que es la cautividad, llevándonos al cautiverio sin señalarnos nuestra falta. Y entonces, despídanse del tonto e infeliz defensor de la cautividad babilonia, y de su papal iglesia.

En conclusión, si mi crudo discurso delante del rey ofende a mi hombre, déjenme tener para esto su réplica: estoy tratando en este libro con crueles monstruos quienes desprecian todo lo bueno y modesto de mis escritos, y de mi humildad he venido a endurecerme. En rencor de esto, tengo guardada la virulencia y mentira con la cual el libro del rey esta hacinado. Ni esto es mucho si desprecio y taladro a ese terrenal rey, desde que él no ha temido con sus

palabras blasfemar el rey de los cielos, y tirar con sus virulentas mentiras de su santidad. El Señor juzgue a las naciones con justicia. Amén.

Referencias:

1-Padres: sinónimo de patrística o de los primeros obispos y teólogos de la historia eclesiástica.

2-Véase que “petición de la cuestión” y “la cuestión” están encomilladas por el traductor, ya que se refiere a que los escolásticos solo debatían en su nivel académico, sin permitir otro método de cuestión que el aludido por Lutero.

3-Este Lee Wolsey, entonces arzobispo de Inglaterra, era mano derecha y plenipotenciario de Enrique VIII.

4- cf. 2Ti 3:8 Lutero en esta frase considera que los verdaderos autores del libro son del entorno del rey (paralelo al caso de los magos del faraón): Wolsey y los intelectuales humanistas (cf. el ejemplo de Tomás Moro que llevara a Erasmo a la corte londinense), a los que compara con los brujos contrincantes de Moisés.

5-Título dado por el Papa a Enrique VIII como premio por escribir este libro contra Lutero, irónicamente luego sería anexado desde la reforma anglicana a todos sus sucesores para justificarlos como “cabeza de la iglesia de Inglaterra”.

6- Refiérase sobre los teólogos reconocidos oficialmente como del “magisterio de la iglesia” católica (no son sinónimo de Patrística, puesto que los “Doctores de la iglesia” eran más bien referentes medievales), mientras que los *académicos* que después nombra son los catedráticos papales que entonces monopolizaban las universidades.

7-Entiendese por “necesarias” aquellas temáticas que la dogmática considera imprescindibles para la salvación del alma (justificación por la fe, la propiciación vicaria de Cristo, etc.) de las que no son (la creación y la caída, las adiaforas, etc.). Obvio, tras la reforma nunca hubo acuerdo sobre tales cuestiones, ya que cada confesión tomó su propio camino.

8-Buscando forzar la lógica gramatical, se entiende que Lutero pone la frase final referente al Ap. Juanino como ejemplo del absurdo de querer demostrar con éste la transustanciación.

9-Refiérese en el vocabulario dogmático católico relativo a los sacramentos, que funcionan por sí mismos, de motu proprio, ni nada más que por su solo poder, por eso tampoco necesitan un clero digno que los oficie.

10-Estos eran dos dioses del trío que gobernaban el Hades de la mitología helena.

11- Recuérdese que Lutero aún sigue la Vulgata, en la cual Jerónimo traduce “misterio” como “sacramento” siendo funcional al sentido católico romano imperante en occidente.